MI AMIGA

MI AMIGA

HUMORADA EN TRES ACTOS.

ESCRITA EN PROSA POR

RAMÓN ASENSIO MAS y JOSÉ JUAN CADENAS

Estrenada con gran éxito en el TEATRO COMICO de Madrid, el 24 de Diciembre de 1914

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLAUDINA	Loreto Prado.
BONI	Matilde Franco.
AURORA	Araceli S. Imáz.
CARMEN	María Aguila.
FILO	Rafaela Castellanos.
BERNARDA	Paula Martín.
LA PORTERA	Elisa Román.
BERMÚDEZ	Enrique Chicote.
CARLOS	Vicente Aguirre.
DANIEL	José Ponzano.
EL SEÑOR ROLDÁN	Jaime Ripoll.
GERÓNIMO	Julio Castro.
SIMÓN	Manuel Morales.
RETAMA	José Ortiz.
POLITO	José Soler.
EL COMISARIO	José Delgado.
PELÁEZ	Luis González.
SEBASTIÁN	Felipe Miranda.
EL CABO PÉREZ	Leopoldo Bastián.
EL TASADOR	Fernando Peinador.
CHAMARILERO 1.º	Armando Guerra.
IDEM 2.º	Luis Bastián.
MOZO 1.º	Carmelo Bermúdez.
UN ESCRIBIENTE	Marcial Arjona.

Chamarileros, prenderos, mozos de cuerda, guardias de seguridad, curiosos, etc.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las de los artistas



ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza, que hace oficios de cuarto tocador, en casa de Carlos Mendoza. A la derecha, en primer término y en una especie de rinconada, lavabo de mármol con espejo y el correspondiente juego de jofainas, jarro, cepillos, etc. Al foro dos puertas practicables; la de la derecha comunica con las habitaciones interiores; la de la izquierda conduce á la alcoba de Carlos. En la lateral izquierda, puerta en primer término que da á la escalera interior. En segundo término, balcón. En el centro de la escena una mesita coquetona. Convenientemente distribuidas, varias sillas modernas y elegantes. Alfombra. Aparato de luz pendiente del techo. La habitación, amueblada con arreglo al gusto moderno, debe ofrecer el aspecto de un cuarto de soltero joven y rico.

ESCENA PRIMERA

CARMEN y JERÓNIMO. Carmen es joven, bonita y con todo el aspecto de doncella de casa elegante; al brazo llevará un paquete cuidadosamente envuelto. Jerónimo es ayuda de cámara. Va en traje de faena y llevará chaleco con mangas y delantal rayado. En la mano un plumero

Car. Bueno, ¿me prometes que irás?

Jer. ¡Si tu estás segura de que no puede sorprendernos tu señorita!...

Car. ¡Ni ocuparnos de eso! Mi señorita, mientras dure el Carnaval, apenas si parece por casa. ¡Ya sabes que le da por los bailes!... ¡Además, buena está ella con el fin de mes que hemos tenido!

Jer. Malo, ¿no?

Car. ¡Desastroso!... Como que ayer nos embargaron y no tardarán en venir á llevarse los muebles.

Jer. ¡Arrea!... ¿Y qué pensais hacer?

Car. ¡Bah!... No faltará algún tonto que antes de ocho días nos amueble el piso otra vez... A mi señorita eso no le preocupa... ¿No ves que ya está acostumbrada? Bueno, ¿quedamos en que te espero?

Jer. Sí... Pero vete ahora... Son cerca de las nueve y tengo que despertar á mi amo.

Car. Pues hasta luego, Jerónimo.

Jer. Pero oye... ¡Ni un abrazo siquiera!...

Car. (Riendo.) ¡Ay qué gracia!... ¡Se puede despertar tu señorito!... ¡A la tarde, á la tarde! (Va á hacer mutis por el foro derecha.)

Jer. ¡Por ahí no!... ¡Por la escalera interior!

Car. ¡Ay, no me acordaba! (Mutis por la primera izquierda.)

Jer. (Saliendo detrás de Carmen.) En el pasillo se lo daré. (Pausa. Un reloj cercano da las nueve. Jerónimo vuelve á entrar llevándose una mano á la cara.) No ha querido. Y además de no querer casi me salta un ojo... ¡Paciencia!... ¡Mentira parece que esta chica tan virtuosa sea la doncella de una artista de varietés como Claudina López!... En fin, voy á despertar á mi amo... (Llama con los nudillos en la puerta de la alcoba y espera inútilmente.) Duerme á pierna suelta... Volveré á llamar. (Llama otra vez y al mismo tiempo dice:) ¡Señorito!... ¡Señorito, que son más de las nueve!... (Pausa.) ¡Caramba! ¡Si no habrá venido esta noche tampoco!... Vamos á ver... (Abre y mira. La cama está vacia.) ¡Justo! ¡Otra noche de fiesta! (Muy contrariado.) Con esto es con lo que yo no puedo; con el desorden... Porque todo lo que se hace de noche se puede hacer de día y no hay necesidad de darle á uno malos ejemplos... Ahora vendrá con el sombrero torcido, el gabán desabrochado, los ojos soñolientos y la lengua pastosa... Ah, y pidiendo agua... ¡Agua! ¡Azotes sí que le daría yo!

(Efectivamente. Carlos llega por el foro derecha en el estado previsto por Jerónimo. Lleva el gabán desabro-

chado, los ojos soñolientos, el sombrero de copa torcido y prendida en el sombrero una banderita americana del tamaño de las que los confiteros colocan en los ramilletes.)

ESCENA II

CARLOS y JERÓNIMO

Carlos (Parándose en el centro de la habitación y medio dormido.) ¡Hola!... ¡Buenos días!

Jer. (Aparte.) ¿No lo dije?

Carlos Tráeme un vaso de agua.

Jer. Ya lo sé. (Riñéndole cariñosamente.) ¡Pero no le dá vergüenza al señorito!... ¡Qué pensará el portero!... ¡Qué dirán los vecinos que casi todas las mañanas le ven llegar de esa manera!

Carlos (Un poco mareado aún.) Mira, Jerónimo... Yo te quiero... Tú me quieres... Nosotros nos queremos... Eres para mí una especie de ama seca... Pero no puedo tolerar que me recrimines... ¡Anda, tráeme agua!

Jer. ¡Pero si es que me da mucha rabia verle en ese estado!... Las botas sucias, arrugado el gabán, soñolienta la cara... ¡y en la copa del sombrero una banderita extranjera!

Carlos (Sorprendido.) ¡Cómo!.. ¿Una bandera en el sombrero?... (Quitándose el sombrero y mirándolo.) ¡Calla, pues es verdad!... Sin saberlo venía empavesado... Tiene gracia ¿eh?... (Ríe.)

Jer. (Malhumorado.) ¡Mucha!... ¡Una gracia atroz!

Carlos (Arrancando la banderita.) Esto ha sido cosa de Fany... Una chiquilla americana que siente el orgullo de su nacionalidad y no puede pasar por un sitio sin dejar clavado el pabellón de su país... ¡Y qué bonita es Fany, Jerónimo!... ¡Si tú la vieras bailar *la chirimoya,* una danza de su tierra!...

Jer. *¡La chirimoya!..* ¡En eso se entretiene el señorito!... ¡Así pierde el tiempo y ha logrado romper su próximo enlace con la señorita Aurora, que es un ángel de puro buena!

Carlos Sí, pero inaccesible, Jerónimo... ¡Completamente inaccesible!... Para mí venía á ser

una cosa así como la cima de la Jungfrau ó como la cumbre del Mont Blanc.

Jer. ¡Naturalmente!

Carlos Ah... pero como yo tengo veintiocho años y además me tira el alpinismo, comprenderás que necesito ciertas expansiones físicas y geográficas. ¿Que Aurora es una cumbre inaccesible? Muy bien... Yo me aventuro por los desfiladeros y me entretengo escalando todos los montículos que me salen al paso... Y esos montículos se llaman Lulú, Ivette, Fany, Totó... ¿Qué pasa? Nada. Que yo satisfago mis ansias exploratorias y dejo para otro expedicionario la gloria de subir al Mont Blanc. (Transición.) Bueno, y creo que ya me debes traer el agua. (Se ha despojado del gabán, ayudado por Jerónimo, y queda en traje de frac.)

Jer. Sí, señor, sí... (Deja el gabán sobre una silla y le sirve un vaso de agua de la botella. Carlos está cansadísimo.) Ahí va.

Carlos Dios te lo pague. (Bebe y le devuelve el vaso.) Dime, Jerónimo, ¿no ha venido por aquí Bermúdez?

Jer. (Mientras dobla cuidadosamente el gabán.) No, señor.. No he tenido el disgusto de ver todavía á semejante perdis...

Carlos ¡Jerónimo, creo que te extralimitas!... ¡Bermúdez es mi compañero más íntimo, casi mi hermano!...

Jer. ¡Sí, sí, buen punto está el amigo!... Y lo gracioso es que su mujer le tiene por un santo. ¡Menudo chasco se va á llevar la pobre señora!

(Suena el timbre dentro.)

Carlos ¡Calla!... ¡Ha sonado el timbre!

Jer. Será el señorito Daniel... ¡Otro que tal baila!

Carlos O Bermúdez... Puede que sea Bermúdez... Anda y abre. (Se quita el frac quedando en mangas de camisa.)

Jer. ¡Quiá!... Es demasiado temprano para que se levante ese tipo... Digo, á menos que no se haya acostado esta noche. (Mutis por el foro derecha.)

Carlos (Sirviéndose otro vaso de agua.) ¡Uf, qué sed ten-

go!... ¡Claro, el Champán!... (Bebe.) ¿Habrá cumplido Bermúdez mi encargo?... ¿Le habrá devuelto anoche á mi exnovia las cartas que le dí?... ¡Seguramente, puesto que le dije que era un compromiso de honor! (Se sirve otro vaso de agua. Al írselo á beber se oye rumor de discusión en el pasillo.) ¿Eh? ¿Quién grita en el recibimiento?

ESCENA III

CARLOS y JERÓNIMO. El SEÑOR ROLDÁN que entra como una tromba

Rol. (Dentro.) Te digo que me dejes en paz. (Entra.) ¡Buenos días! (Lleva el sombrero puesto, el gabán abrochado y su actitud no es nada tranquilizadora.)

Carlos ¡Cómo!... ¡Usted!... ¡Mi querido suegro!.. (Sale á su encuentro con los brazos abiertos y el vaso en la mano.)

Rol. (Deteniéndole con un ademán.) ¡Alto ahí!... (Con énfasis.) ¡Ni en broma puedo consentirle á usted que me vuelva á dar ese nombre!

Carlos Pero...

Rol. (Cogiéndole el vaso de agua.) Con permiso... (Se lo bebe de un tirón y se lo devuelve exclamando muy serio.) ¡Esto se ha terminado!

Carlos Lo volveré á llenar. (Corre con el vaso hacia la botella.)

Rol. (Indignado.) ¡No me refiero al agua! Hablo de las relaciones de usted... Amistosas, conmigo... Amorosas, con mi hija... Entre nosotros todo ha quedado roto... ¿Me oye usted bien? ¡Roto! (Da un palo terrible sobre el velador que se tambalea.)

Carlos (Alarmado.) ¿Cómo roto?... ¡Hecho astillas!... ¡Con esos golpes!... (Examinando el mueble. Jerónimo, que ha salido detrás de Roldán, recoge el frac y lo dobla.)

Rol. (Cuadrándose frente á Carlos.) ¡Ocho días he estado vigilándole!... ¡Ocho días en que me he levantado á las cinco de la mañana, como si fuese á cazar codornices, y me he parapetado en el portal de enfrente haciendo de tripas corazón!... Pues bien, de los ocho, cinco... ¿se entera usted?... cinco le he visto re-

gresar á su casa despues de las siete de la mañana y en un estado lamentable... Con las botas sucias... el gabán desabrochado... la cara soñolienta...

Jer. Y la lengua pastosa.

Rol. (Con energía,) ¡Sí, señor! (Transición.) Es decir, eso no lo sé, pero me lo figuro. (Paseándose.) Ya comprenderá usted que, en condiciones tales, ni mi hija ni yo podíamos avenirnos á contraer matrimonio con un hombre sin freno, sin vergüenza, corrompido por el vicio y por el desorden.

(Jerónimo, con el frac y el gabán, entra en la al coba.)

Carlos ¡Caramba!... (Muy fino.) ¿Y puedo saber á qué tengo el gusto?...

Rol. (Interrumpiéndole y deteniéndose de nuevo frente á Carlos.) No le ocultaré, sin embargo, que antes de tomar esta resolución tan radical como irrevocable, he pensado en las consecuencias que pudiera tener para Aurora y mi corazón de padre se ha estremecido... ¡Pero todo es preferible á verla mañana desgraciada y yo tengo el deber, la obligación ineludible, de velar por su porvenir como padre amantísimo... ¡Fíjese usted bien!... ¡Como padre!... ¿Usted no ha sido padre nunca?

Carlos (Ingenuamente.) No, señor... Contaba con su hija de usted...

Rol. (Indignado y sacudiendo otro palo sobre el velador.) ¡Pues no cuente usted más!

Carlos (Asustado.) ¡Ay!...

(Jerónimo sale de la alcoba y hace mutis por el foro derecha.)

Rol. Y basta de conversación y tenga usted la bondad de entregarme las cartas. (Se sienta.)

Carlos (Sorprendido.) ¿Las cartas?... ¿Qué cartas?...

Rol. ¿Qué cartas van á ser? Las de mi hija... Las que usted me dió su palabra de honor de enviarme anoche... ¡Su palabra de honor!... ¡Ya me extrañaba á mí que los botarates tuviesen palabra de honor!

Carlos Pero, ¡cómo!... ¿No ha recibido usted las cartas?

Rol. (Indignado,) ¿Yo?

Carlos (Rápidamente.) No vale enfadarse... Le juro á usted, querido suegro...

Rol. (Furioso.) ¡Nada de suegro!...

Carlos Querido señor Roldán...

Rol. (Tranquilizándose.) ¡Eso es otra cosa!

Carlos Le juro á usted solemnemente que anoche le mandé las cartas á su casa. Un amigo de toda mi confianza y de cuya honorabilidad respondo, el amigo Bermúdez, se encargó de devolverlas personalmente.

Rol. (Levantándose lentamente.) Bien está... Usted es muy dueño de urdir todos los embustes que quiera...

Carlos (Desesperado.) ¡Pero esto es horrible!...

Rol. Por mi parte sólo le digo lo siguiente y le ruego que se fije bien en mis palabras (Después de consultar su reloj.) Son las nueve y media... Si á las doce de la mañana de hoy no tengo en mi poder las cartas de mi hija, yo, Doroteo Roldán, coronel retirado, con dos cruces ganadas en campaña peleando á pecho descubierto, le juro por el nombre que llevo que le queda á usted recuerdo amargo de esta aventura.

Carlos (Suplicante.) Pero querido suegro...

Rol. (Furioso.) ¡Nada de suegro!...

Carlos ¡Querido coronel!...

Rol. ¡Nada de coronel!...

Carlos ¡Querido señor Roldán!...

Rol. (Más furioso aún.) ¡Nada de Roldán!... ¡El hombre que, como yo, ha ganado tres cruces en campaña...

Carlos (Interrumpiéndole.) ¿Tres... ó dos?

Rol. (Transición. Con naturalidad.) ¿He dicho dos?... (Furioso.) ¡Pues fueron tres!... ¡Y hemos terminado!... Si á las doce en punto no tengo las cartas... ¡ay de usted! (Saludando.) Hasta luego! (Mutis foro derecha.)

Carlos (Después de una pausa y muy desalentado.) ¡Me descuartiza!... ¿Y ha prometido volver á las doce?... Bien está... Tengo tres horas para quitarme de enmedio antes de que me quite él... Pero, ¿y Bermúdez?... ¿Qué habrá hecho de las cartas?... ¡No me faltaba sino que se hubiese marchado de baile esta noche aprovechándose de que estamos en Carnaval!

ESCENA IV

CARLOS y JERÓNIMO. Después y por el foro, BERMÚDEZ

Jer. (Que entra muy apresurado.) ¡Señorito!... ¡Señorito!...

Carlos (Asustado. Corriendo a refugiarse tras una puerta.) ¿Qué hay?... ¿Vuelve mi suegro?...

Jer. (Malhumorado.) ¡Quiá!... ¡Peor!...

Carlos ¿Eh?

Jer. Acaba de llegar el perdis... El señor Bermúdez.

Carlos ¿Bermúdez?... ¡Gracias á Dios!... Que pase, que pase en seguida.

Jer. No, si ya está aquí... Mírele usted.

Berm. (Desde la puerta.) Felices. (Avanza. Lleva un sombrero de paja con cinta azul de las que usan los niños que visten de marinero. Gabán obscuro, corto, monocle y bastón. Bajo el gabán asoma el pantalón blanco hasta la rodilla. Calcetín negro y zapato de charol. Procúrese que el conjunto resulte cómico y que la cara del personaje ofrezca el aspecto de la de un viejo libertino que acaba de salir de una borrachera.)

Carlos (Retrocediendo al verle.) Pero ¿qué es esto?... ¿De dónde vienes de ese modo?...

Berm. (Con aplomo.) De un entierro.

Carlos (Asombrado.) ¿Eh?...

Berm. Del entierro de la sardina. (A Jerónimo.) ¿Me das un poco de agua, hijo mío?...

Jer. (Sirviéndole un vaso de agua que el buen señor bebe con fruición.) A ver si le va á hacer á usted daño.

Berm. Dios te lo pague. (Buscando su pañuelo.) ¿Dónde me habré dejado el pañuelo?... (Se registra los bolsillos del gabán y saca una media de seda.) No; esto no es. (Deja la media sobre el velador.)

Carlos (Cogiendo la media.) ¡Si esto es una media!... (La extiende.)

Berm. Ya, ya... (Se desabrocha el gabán y se le ve por dentro. Va vestido de marinerito. Traje blanco con cuello y boca-mangas azules.) Puede que lo tenga aquí. (Se registra los bolsillos del pantalón.)

Carlos (Asombrado.) ¡Caray!... ¡Si vas de marinero!...

Jer. (Mirando á Bermúdez y riendo.) ¡De marinero!...

Berm. (A Carlos.) Sí, hijo, sí... ¡De marinero!... Y no es lo peor que voy de marinero, sino que no sé donde he dejado mi ropa de paisano. (Saca otra media de distinto color.) ¡Ah!... Otra media. (Se la da á Carlos.)

Carlos (Cogiéndola) Y de otro color... Por lo visto la borrachera ha sido de las grandes.

Berm. No sería extraño que formase época... ¡Qué noche!... ¡Si yo te contara!... ¡Babilónica, hijo, babilónica!

Carlos Caramba, ¿pues qué has hecho?

Berm. (Encogiéndose de hombros.) No lo sé.

Carlos ¿Con quién te has reunido?

Berm. Ah, no lo sé tampoco.

Carlos (Sorprendidísimo.) ¿Eh?...

Berm. ¿No te digo que no sé nada?.., Mejor dicho, recuerdo los preliminares, la sinfonía del festival como si dijéramos, hasta el momento en que mis ojos empezaron á nublarse y mi razón á obscurecerse por los vapores del Pomery.. A partir de ese punto me sumo en un mar de confusiones... Vagamente creo vislumbrar detalles sueltos de aquella orgía sardanapalesca... Taponazos, brindis, mujeres que ríen, pollos que abusan... Una señorita de aquellas que se hace muy amiga mía...

Carlos ¿Tu amiga? (Con curiosidad.) ¡A ver!... ¡Cuenta, cuenta!... (Sentándose junto al velador y ofreciendo á Bermúdez un pitillo. Jerónimo, que ha ayudado á su amo á ponerse una americana, hace mutis.)

Berm. Verás. (Se ha sentado también junto al velador y mientras habla va quitándose un guante y jugueteando con él.) Tú sabes que mi mujer no esta en Madrid... Hace ocho días que se fué á Burgos á cuidar á su hermana que tiene calenturas gástricas y tienda de sedas.

Carlos Me lo dijiste.

Berm. Bueno, pues ayer tarde, apenas me dejaste, me encontré con Juanito Villalón tomando cerveza en la Maisón Dorée y acompañando la cerveza con un sabrosísimo queso de bola que acababan de regalarle. Me invitó, acepté con entusiasmo porque ya sabes que el bola es mi debilidad, y á los dos minutos,

Villalón se levantó para saludar á unas amigas... Yo llamé al camarero para pagar... ¡y dieciocho reales!

Carlos ¿Por todo?

Berm. Eso quería el mozo. Pero le dije que no le pagaba más que la cerveza porque el queso era de Villalón.

Carlos ¿Y qué te respondió?

Berm. ¡Que era de bola! Resumiendo, que volvió Juanito; que me dijo que había debutado como jurisconsulto perdiendo el primer pleito que defendió, y para solemnizarlo me convidó á un tango de honor que se daba por la noche en el Palace-Hotel.

Carlos Y allí conociste á tu amiga...

Berm. ...Espera, hombre... Villalón estaba encantado y nos disponíamos á hacerle una verdadera apoteosis, cuando de pronto se presentó el del pleito y le sacó del Palace á bofetadas...

Carlos ¡Pues vaya un final!

Berm. No... Desgraciadamente la juerga continuó sin Juanito .. Ya comprenderás que el héroe de la noche fuí yo. Canté couplets, bailé la machicha, imité á distintos animales, que lo hago muy bien, y así estaríamos si á mi amiga no se le hubiese ocurrido la idea de formar una comparsa de marineritos para asistir al baile de máscaras. Aceptamos todos y en tres automóviles nos fuimos á su casa á disfrazarnos, sin que yo, por el estado en que me encontraba, pudiera darme cuenta de la calle ni de la casa donde me llevaron.

Carlos Pero fué á casa de tu amiga...

Berm. Claro, aunque yo no recuerdo nada... Lo único que puedo decirte es que hace una hora me encontraron debajo de un diván los mozos que hacían la limpieza del teatro y me echaron á la calle... Comencé á andar, noté que los chicos empezaban á seguirme y me refugié en una carbonería... Pero el bárbaro del carbonero quiso también echarme, diciéndome que allí no se despachaba amoniaco... Le insulté, me agredió, empezamos á golpes y gracias á la intervención de un cochero de punto amigo suyo

no corrió la sangre por la carbonería... Ver yo al cochero y tener un rasgo de lucidez, fué todo uno... Me metí en el coche, le dí las señas de esta casa... ¡y aquí me tienes dispuesto á suplicarte de rodillas que me des un traje con que poder cubrir mis desnudeces y volver á mi domicilio conyugal.

Carlos ¿Pero no dices que no está tu mujer?

Berm. Pero están los criados y no es cosa de que á mi edad me vean entrar de marinero.

Carlos Espera. Se me ocurre otra cosa.

Berm. ¿Cual?

Carlos A tí te disfrazó tu amiga en su casa... Luego allí tiene que estar tu traje... Luego con enviar á Jerónimo á casa de tu amiga... ¡listos!

Berm. Mi amiga... Muy bien... ¿Dónde vive mi amiga?

Carlos ¡Es verdad, que tú no lo sabes! (Pausa.) ¡Calla!... ¡Otra solución!... ¿Como se llama esa muchacha?.

Berm. ¿Quién? ¿Mi amiga?

Carlos ¡Claro!

Berm. ¡Ah! No lo sé... Mi amiga es amiga de mis amigos.

Carlos Pero ¿cómo se llaman tus amigos?

Berm. No los conozco... Son amigos de Juanito Villalón.

Carlos Es igual... ¿Dónde vive Juanito?

Berm. No me lo ha dicho nunca.

Carlos ¡Caray! Pues estás fresco!

Berm. Y como me entretengas cojo una pulmonía... Esto no abriga nada. (Por el traje.)

Carlos Pero ¿á quién se le ocurre no mirar por dónde va?

Berm. A mí, ¡ya lo ves!... Y no es lo peor eso, si no que en la ropa llevaba mi portamonedas, mi tarjetero, mis papeles... (Dando un grito de pronto y retrocediendo aterrado.) ¡Ah!

Carlos (Alarmado.) ¿Qué sucede?

Berm. (Otro grito.) ¡Ah!

Carlos ¿Qué pasa?

Berm. ¡¡Ah!!

Carlos (Encogiéndose de hombros.) ¡Bueno!

Berm. ¡Inaudito!... ¡Espantoso!... Mátame, Carlos, mátame!

Carlos No te entiendo...

Berm. No importa (Desesperado.) ¡Saca un revólver!... ¡Dame un tiro!... ¡¡He perdido las cartas!!

Carlos (Aterrado.) ¿Eh?... ¿Cómo?... ¿Las cartas de Aurora?... ¿Las que te encargué que devolvieras?...

Berm. ¡Sí!... ¡Me las guardé en la americana!... ¡Las he perdido!... ¡¡Asesíname!!

Dan. (Por el foro.) Buenos días.

Carlos (Viéndole.) ¡Daniel!

Berm. (Aparte.) Este faltaba.

ESCENA V

BERMÚDEZ, CARLOS y DANIEL

Dan. ¿Qué sucede?... ¿Qué ocurre? (Mirando á Bermúdez sorprendido y saludándole con una inclinación de cabeza.) ¡Caballero!... (Aparte.) Pero ¿cómo va este hombre?

Carlos ¡No me preguntes nada, Daniel!... Mi situación es horrible!... ¡Tremenda!...

Dan. No entiendo...

Carlos He roto con Aurora... ya lo sabes... Ayer la prometí devolverle sus cartas.. El amigo Bermúdez quedó encargado del asunto... ¡y las ha perdido! (Con desesperación.)

Berm. (Medio llorando.) ¡Las he perdido!... ¡Sí!

Carlos Y no es lo peor eso, si no que el padre no se lo cree... Ha venido á buscarme hecho una fiera y me ha jurado que si á las doce de hoy no han parecido... ¡me monda!

Dan. ¡Diablo!

Berm. (Haciendo pucheros.) ¡Y todo por mi culpa!... (Va á limpiarse las lágrimas y saca la tercera media, de distinto color que las anteriores. Transición.) ¡Caray!... ¡Otra media!

Dan. Vamos, calma.. Un poco de calma... El asunto no es para desesperarse todavía... Unas cartas perdidas... ¡Bah! ¡Yo me comprometo á encontrarlas!... Ya sabes que no en balde tengo aficiones detectivescas.

Carlos Sí... Eso es verdad.

Dan. Lo que ahora necesito son datos... Detalles que me ayuden... (A Bermúdez.) Vamos á ver,

caballero... ¿Dónde ha perdido usted las cartas?... ¿En la calle, en el teatro, en casa de una amiga?...

Berm. (Dudando.) ¡Hombre, yo!...

Carlos (A Bermúdez.) Díselo... ¿Qué mal hay en ello?... (A Daniel.) Las ha perdido en casa de una amiga.

Dan. ¡Magnífico!... (A Bermúdez.) Espere usted... Espere usted... (Saca un carnet y un lápiz y comienza á interrogar á Bermúdez, apuntando rápidamente las contestaciones.) ¿Cómo se llama su amiga?

Berm. No lo sé.

Dan. (Después de apuntarlo velozmente.) ¿Dónde vive?...

Berm. No me acuerdo.

Dan. ¿Profesión?

Berm. Lo ignoro.

Dan. ¿Aspecto personal?...

Berm. Se me ha olvidado.

Dan. (Cerrando su carnet con aire de triunfo.) ¡Basta! Con datos tan exactos y mi penetración... hay de sobra.

Berm. (Asombrado.) ¡Caray!

Carlos Aquí lo malo está en que Bermúdez no recuerda las señas personales de su amiga...

Berm. No, no recuerdo... (Reflexionando.) Por más que... ¡Calle!... ¡Un dato, un dato!

Carlos }
Dan. } (Con ansiedad.) ¿A ver, á ver?

Berm. Recuerdo que bailaba muy bien *la chirimoya.*

Carlos (Aparte.) ¡Caramba, como Fanny!

Dan. (Apuntándolo en su carnet.) *La chirimoya.*

Berm. Y allí me dijeron que era artista de varietés y que en sus comienzos la llamaban *la reina de la chirimoya.*

Dan. (Apuntándolo.) La reina.

Berm. Y por cierto... Sí, sí... ¡Ahora caigo!...

Carlos (Con viva ansiedad.) ¿Qué?

Dan. (Idem.) ¿Qué?

Berm. (Después de breve pausa.) ¡No!... ¡No me acuerdo de más! (Movimiento de decepción de Carlos y Daniel.) No sé si era morena, ni rubia, ni alta, ni baja... ¡El champán me tenía trastornado!

Dan. ¡Qué lástima!

Berm. Pero yo creo que con los detalles que le he dado á usted...

Dan. ¡Desde luego!

Berm. ...se hará usted un lío

Dan. Vaya, no hay que apurarse... ¡Yo garantizo que las cartas parecerán!

Berm. Dios lo quiera, pollo... Porque aunque mi señora está fuera y tardará en volver, no sabe usted el disgusto que se me venía encima si notase algo.

Dan. Sí, ¿eh?

Berm. ¡Para qué exagerar!.. Este la conoce. (Por Carlos.) ¡Más valía que me pillase la máquina apisonadora, caballero!

Dan. ¡No tenga usted cuidado!

Berm. (A Carlos.) Escucha, ahora que me acuerdo... ¿Qué hago con el coche?... Lo tengo abajo.

Carlos (Malhumorado.) ¡Que espere, que es su obligación! (Suena el timbre dentro.) ¿Otra vez el timbre?... ¡Vamos, por lo visto es que hoy se ha dado cita en mi casa todo Madrid!

Dan. ¡Chico, si estorbamos!...

Carlos ¡Al contrario!... ¡Puede ser el bárbaro de mi suegro!

ESCENA VI

DICHOS y JERÓNIMO

Entra por el foro derecha precipitadamente, muy asustado. Cierra la puerta tras de sí y se recuesta en ella.

Jer. ¡Señorito!... ¡Señorito!...

Carlos ¿Qué hay?...

Dan. ¿Qué ocurre?...

Jer. Nada. Otra visita que se empeña en pasar. He dicho que el señorito estaba ocupado y no me atiende. Es la señora del señor. (Por Bermúdez.)

Berm. (Dando un salto.) ¡Puñales, mi mujer!

Carlos ¡Tu mujer!

Dan. ¡Su mujer!

Jer. Sí. Viene furiosa. Dice que llegó anoche de Burgos, que su marido no ha parecido por su casa y que usted tiene que saber dónde está.

Berm. ¡Dios mío, la apisonadora!

Carlos ¿Y qué hacemos?

Berm. Por de pronto esconderme. Después negar..

Dan. Nada de eso.

Todos (Con extrañeza.) ¿Eh?...

Dan. Tendría usted luego que justificarse y sería peor. No le queda á usted más que un recurso. Póngase usted enfermo.

Berm (Sorprendido.) ¿Yo?...

Carlos Dice bien Daniel. Una indisposición grave... Ven, ven á la alcoba. (Empujándole.)

Dan. ¡No! (Dando un grito.)

Todos ¿Tampoco?

Dan. Resulta más aparatoso aquí. En el sofá. Se sintió enfermo... No hubo tiempo de trasladarle á la cama... Está gravísimo.

Berm. ¡Rechufa!

Carlos ¡Eso, eso!

Berm. Bueno, ¿y qué tengo que decir?

Dan. Usted, nada. Ya hablaremos nosotros.

Berm. Bueno, bueno.

Dan. (Empujándole.) ¡Pronto! No hay tiempo que perder. ¡Fuera el gabán! ¡Y el sombrero! ¡Y este lazo! (Tirándolo todo por el suelo.)

Berm. (Cuando Daniel tire del lazo.) ¡Eh, que me ahogo!

Carlos (A Jerónimo.) ¡Tú, una almohada! Corre. (Jerónimo saca una almohada de la alcoba y la pone en el sofá, donde entre todos habrán acostado á Bermúdez.)

Dan. ¡Una toalla!... ¡Vamos! (Jerónimo entra corriendo en la alcoba y sale con una toalla.)

Carlos ¿Una toalla?

Dan. Para atársela por la cabeza. Le dará mucho aspecto.

Jer. Aquí está la toalla.

Dan. Trae. (A Bermúdez.) Quieto ahora. (Le rodea la cabeza con la toalla como un turbante.) ¡Ajajá!

Carlos ¡Magnífico!

Berm. (Incorporándose.) Qué, ¿me da mucho aspecto?

Dan. ¡Asombroso!

Berm. (Levantándose.) A ver, á ver... (En calzoncillos y con la toalla corre á mirarse en un espejo.)

Carlos Pero, ¿qué haces?

Dan. ¿Dónde va usted?

Berm. (Después de mirarse.) ¡Caray!... ¡Parezco un *maharajá!*...

Dan. Acuéstese.

Berm. Voy, voy. (Se tumba en el sofá. Daniel le tapa con

el gabán. A Carlos.) Y ahora, tú allí... muy abatido. Yo aquí, junto á la cabecera. (A Jerónimo.) Que pase esa señora. Sin ruído, ¿eh?

Jer. No tenga usted cuidado. (Mutis.)

Berm. (A Daniel.) Escuche usted, pollo.

Dan. (Obligándole á callarse.) ¡Chist!...

Carlos (Idem.) ¡Chis!... (A media voz.) ¡Hombre, por Dios! (Ocupan todos sus puestos dando señales de gran abatimiento. Pausa solemne.)

Berm. ¡Caray!... ¡Parece que ha llegado mi última hora!... ¡No, y puede que haya llegado! (Calla. Pausa.)

ESCENA VII

DICHOS y BONI, por la derecha. JERÓNIMO, de puntillas, entra primero

Jer. (A media voz.) Por aquí... Venga usted...

Boni (Entra muy apurada.) ¡Caramba!... ¿Pero tan grave está?

Dan. (Volviéndose.) ¡Chist!...

Carlos (Idem.) ¡Chist!...

Jer. (A Boni.) ¡Chist!... (A ellos.) Es la señora del del enfermo. (Hablan á media voz.)

Carlos (Después de indicar á Jerónimo que se retire. Se levanta, sale al encuentro de la señora, estrecha en silencio su mano y dice conmovido.) ¡Valor!

Dan. (Imitando á Carlos.) ¡Resignación!

Boni (Llorosa.) Pero...

Carlos / Dan. (A un tiempo.) ¡Chist!...

Berm. (Aparte.) Va á creer que estoy en las boqueadas.

Boni (Emocionadísima.) ¡Dios mío!... Pero, ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha sido esto?

Carlos Del modo más inesperado... más imprevisto. Una cosa atroz... instantánea... fulminante. Ni yo mismo lo sé, señora.

Berm. (Aparte.) ¡Claro! .. ¡Ni yo!

Carlos Llegó ayer tarde. Se sentó en esa silla... y estábamos hablando de negocios, cuando de repente... (Sin saber qué decir y fingiendo horrorizarse.) ¡Oh!... ¡Fué espantoso! De repente... (Transición.) Mira, cuéntaselo tú. Yo no puedo.

Boni (Hondamente emocionada.) ¡Dios mío!... (Se enjuga las lágrimas con el pañuelo.) Pero, ¿qué fué?

Dan. Calma, señora, calma. De repente abrió los brazos, lanzó un grito (Gritando.) ¡Ah!... y cayó rígido, agarrotado. Avisamos á un médico, y hasta las cinco de la mañana de hoy no hemos logrado que recobrase el conocimiento.

Boni ¡Pobre Bermúdez!

Dan. (Señalando el sofá.) Y ahí le tiene usted. A ratos tranquilo, á ratos desvariando. Unicamente la suplico que, al acercarse, procure disimular. Porque una emoción en estas circunstancias pudiera ser funesta para el enfermo.

Boni ¡Jesús! ¿De modo que hay peligro?

Dan. ¡Ya lo creo! Y estando usted aquí, más aún.

Berm. (Aparte.) ¡Pero qué bandidos, cómo las urden!

Boni (Dirigiéndose hacia el sofá, emocionadísima, hasta arrodillarse junto á su esposo.) ¡Gorio!... ¡Gorito! ¿Qué tienes? (Cogiéndole una mano.) ¿No me conoces? (Carlos y Daniel se acercan también al sofá.)

Berm. (Sin moverse, con voz débil, como un quejido.) ¡Ah!...

Carlos (Fingiendo una gran emoción.) ¡Infeliz!

Boni ¡Pobre mío!... (A Bermúdez.) ¡Gorito!... ¿No me ves?... Soy yo... Tu nenita, que viene á cuidarte... ¿No me dices nada?... (Pausa.) ¿No me oyes?... (Bermúdez se agita un momento.)

Dan. Calle usted... Va á hablar

Carlos Sí, sí... Quiere hablar... (Silencio Los tres, agrupados en torno del sofa, esperan con curiosidad vivísima.)

Berm. (Quejándose otra vez por fin.) ¡Ah!...

Boni (Apartándose, muy impresionada.) ¡Dios mío!... ¡Cómo está el pobre!

Dan. ¡Ah, pues esto ya no es nada!

Carlos Anoche, anoche tenía usted que haberle visto.

Boni ¿Y qué ha dicho el médico?

Carlos ¿El médico?... (Sin saber qué contestar.) Pues el médico ha dicho... (Transición. A Daniel.) Oye, ¿qué ha dicho el médico? Estoy tan trastornado que, la verdad...

Dan. El médico ha dicho que se trata de un accidente nervioso, complicado con una lesión cardíaca.

Carlos ¡Ah, sí! ¡Es verdad!

Dan. Por eso no le convienen las emociones... De modo que ahora, lo que urge, es que usted se vaya cuanto antes.

Boni (Sorprendidísima.) ¡Cómo!... ¿Que yo me vaya?

Carlos Naturalmente.

Dan. Comprenda usted, señora...

Boni ¡De ningún modo! Es mi marido, y nadie puede cuidarle como yo.

Dan. Bien, pero...

Boni ¿Que yo me vaya?... ¡No faltaba más!... Yo me instalo aquí mientras dure la enfermedad de mi marido.

Berm. (Aparte.) ¡Caracoles!

Carlos Pero...

Boni Nada, nada. Que yo me instalo aquí. (Empieza á quitarse el sombrero como si estuviese en su casa.) ¡En seguida voy á dejar á mi Gorito en manos ajenas!

Carlos (Aparte.) ¡Caray! ¡Pues es una complicación!... (Escándalo en el pasillo.) ¿Eh? ¿Más gente?

Dan. ¿Qué gritos son esos?

ESCENA VIII

DICHOS. SIMÓN y JERÓNIMO por la derecha. Simón entra muy agitado. Es un cochero de punto

Jer. (Dentro.) ¡Te digo que no se puede!

Simón (Idem.) ¡Y yo te digo que tengo que cobrar! (Apartándole de un empellón y entrando.) ¡Buenos días!

Berm. (Incorporándose y aparte.) ¡Horror! ¡El cochero! (Se deja caer de nuevo en el sofá, inmóvil, rígido.)

Carlos (A Simón.) ¿Qué desea usted?

Simón Pues, muy sencillo, señorito. Cobrar dos horas y media de coche.

Carlos
Dan. } (Mirándose mutuamente.) ¡Ah!

Simón ¡Lo natural! Me tomó un borracho, lo traje aquí, llevo dos horas en la puerta y en vista de que no baja, le he preguntado al portero y me ha dicho que había subido á este piso. (Reparando en Bermúdez.) ¡Y no me ha engañado, no! ¡Allí veo al borracho que yo he traído! (Señalando á Bermúdez.)

Boni (Asombrada.) ¿Eh?

Dan. / Carlos (Aparte.) ¡Horror!

Berm. (Aparte.) ¡Para cuándo son las muertes repentinas!...

Boni (Indignada. En alta voz.) Pero, ¿qué dice este hombre? ¡Está loco!

Simón ¡Sí, loco, sí! ¡Anda, que menuda papalina llevaba el amigo! ¡Y diga usted que yo las he visto gordas, pero no tanto! Si estaría borracho, que dentro del coche venía cantando la *Marsellesa.*

Todos ¡Jesús!

Berm. (Quejándose.) ¡Ah!...

Carlos (Guiñando un ojo á Simón, haciéndole señas para que se calle.) Usted debe estar equivocado.. Este caballero está aquí desde anoche.

Dan. ¡Justo! ¡Desde anoche!

Carlos Vino á hablarme de negocios... Se puso enfermo...

Simón Bueno, bueno. Para eso no hace falta guiñarme el ojo. A mí, páguenme ustedes.

Carlos ¡Cómo! ¿Que yo le guiño á usted el ojo?

Simón Sí, hombre, sí.

Carlos ¡Usted no sabe lo que se dice!

Dan. ¡Está usted loco!

Boni Fíjese usted bien, cochero. Este caballero está enfermo, y enfermo de gravedad. Por lo tanto, no puede ser el que usted ha traído... Fíjese, fíjese.

Simón Señora, ¿pero es que yo estoy ciego? Le digo á usted que á ese fardo le he traído yo en el coche. Y que, además, venía borracho y disfrazado de marinero.

Berm. (Con voz tonante.) ¡Mentira! (Transición. Muy débilmente.) ¡Es mentira!

Simón Y en cuanto á la enfermedad... ¡Va usted á ver la enfermedad que tiene!...

(Se dirige al sofá y trata de levantar el gabán que cubre á Bermúdez.)

Berm. (Dándole una patada que hace á Simón ir á parar al otro lado de la escena.) ¡Animal!

Simón ¡Caray!

Boni (Escamada.) ¡Basta! Puede que tenga usted razón, cochero. Esto no está muy claro.

Carlos ¿Cómo?

Dan. ¿Qué dice usted, señora?

Boni. Nada. Yo me entiendo. (A Simón.) ¿Usted sostiene todo cuanto ha dicho?

Simón. Ya lo creo. Y, además, tengo pruebas.

Boni. ¿Pruebas?

Carlos / Dan. (Á Boni.) ¡No haga usted caso!

Simón. Pruebas, sí. Yo recogí al borracho en una carbonería. Retama, el carbonero, puede ser testigo imparcial.

Boni. (Poniéndose el sombrero.) ¡Ah, pues vamos á ver á Retama! ¡Vamos ahora mismo!

Simón. ¡Ya lo creo que vamos!

Dan. ¡Pero, señora!...

Boni. ¡Y usted también!

Dan. ¿Yo?...

Boni. Sí, usted... ¿Qué hay?

Dan. Bueno, bueno... (Aparte.) ¡La daré esquinazo!

Boni. (Muy agitada.) ¡Y como sea verdad!... Te aseguro que me las pagas, Bermúdez! ¡¡Iremos al divorcio!!

Berm. (Como un quejido.) ¡Ah!

Boni. ¡Qué escándalo! ¿Engañarme á mí?... ¡Ya lo veremos! (Empujando á Simón y Daniel que salen por el foro.) ¡Vamos, vamos! ¡No hay tiempo que perder! (Desde la puerta y con aire amenazador.) Y lo dicho... ¡¡el divorcio!! (Mutis.)

ESCENA IX

BERMÚDEZ, CARLOS y JERÓNIMO

Carlos. (Después de una pausa y dejándose caer en una silla, desalentado.) ¡Horrendo!

Jer. (Dejándose caer en otra silla.) ¡Temerario!

Berm. (Sentándose en el sofá.) ¡Catastrófico! (Pausa.) ¿Y qué hacemos ahora?... ¡Porque hay que hacer algo!

Carlos. (Levantándose.) Lo primero, vestirte. Dale un traje mío, Jerónimo.

Jer. Volando. (Mutis por la alcoba.)

Carlos. Y cuando estés vestido, nos echaremos á la calle y nos pondremos sobre la pista de esa amiga tuya que apenas conoces. ¡Es preciso que parezcan mis cartas!

Berm. ¿Cómo tus cartas?... Y mi ropa... y mi dinero..., y todo.

Carlos Sí, sí. Pero hoy mismo.

Jer. (Que sale con un traje.) Aquí traigo esto.

Berm. ¡Venga! Dios te lo pague. (Ayudado por Jerónimo se viste rápidamente.)

Carlos ¡En buen berengenal me has metido.

Berm. Nos hemos... nos hemos metido, porque ya verás la que arma mi mujer... ¿Cómo la justifico mi borrachera, mi ausencia del domicilio conyugal, mis paseos por las calles vestidito de marinero?

Carlos ¿Y yo? ¿Cómo evito que me despedace el bárbaro del coronel?

Berm. Muy sencillo; no volviendo por aquí hasta que encontremos las cartas.

Carlos ¿Y si no las encontramos?

Berm. ¡Te vas al Congo!

Carlos (Muy agitado.) ¡Ah! Es necesario que parezcan. ¿Tú dices que tu amiga es artista de varietés?... Pues bien; recorreremos todos los salones de Madrid, convidaremos á los porteros de todos los escenarios, visitaremos á todas las artistas...

Berm. ¡Caray!... ¡Pues es cuestión de un par de meses!

Carlos (Indignado.) ¡Pues no hay más remedio!

Berm. ¡No te enfades! ¡Si yo no tengo prisa por volver á casa!

Carlos ¡Pronto, Jerónimo!... ¡Mi gabán, mi sombrero!...

(Jerónimo se los trae en seguida.)

Berm. (Vestido ya y poniéndose el sombrero de niño que ha traído.) Por mí, cuando gustes. ¡Ya estoy!

Carlos (Por el sombrero de Bermúdez.) ¿Qué haces?... ¿Dónde vas de ese modo?

Berm. ¿Pues qué pasa? (Cayendo en la cuenta.) ¡Ah, el sombrero! .. Perdona, estaba distraído. (Se lo quita. Llamando al criado.) ¡Jerónimo!...

Jer. (Que entra corriendo.) Ya sé lo que es. Ahí tiene usted sombrero.

(Le da un sombrero hongo, un poco raro. Á su amo el gabán y otro sombrero.)

Berm. ¡Magnífico! (Se lo pone. Le está pequeño.) Un poquito pequeño me está, pero, en fin... (A Carlos.) ¿Vamos?

Carlos — Ahora mismo. ¡Dios mío, que parezcan las cartas!

Berm. — ¡Dos velas si parecen, Santa Rita!

(Van á salir. Suena el timbre y se detienen asustados.)

Los tres — ¡Ah!...

Berm. — (A Carlos.) ¡Tu suegro!... ¡Como si lo viera!

Carlos — ¡Calla!... Vámonos por la escalera interior. ¡Abúr, Jerónimo!

Jer. — ¿Quiere usted algún recado, señorito?

Berm. — No. ¡Ya te escribiremos! (Mutis por la primera izquierda.)

ESCENA X

JERÓNIMO. Luego AURORA y ROLDÁN. Aurora es joven, bonita y viste con elegancia

Jer. — ¡Vaya un lío!... Por supuesto, á mi amo le estará bien empleado todo cuanto le suceda. ¡A quién se le ocurre fiarse del perdis de Bermúdez!... (Vuelve á sonar el timbre y continúa sonando hasta que abre la puerta Jerónimo.) ¡Sí, llama, llama!... ¡No trae poca prisa éste! (Mirando por las vidrieras del balcón.) Voy á ver si salen, y en cuanto estén en la calle abriré. ¡Ah! ¡Ya salen!... ¡Y allí enfrente toman un auto!... (Volviendo á escena.) ¡Ya no hay cuidado de que éste los vea!... ¡Voy, voy!... (Mutis foro derecha. Deja de sonar el timbre.)

Rol. — (Gritando dentro.) ¿Pero es que estás sordo, zoquete?

Aur. — ¿No nos oía usted?... (Salen. Jerónimo con ellos.)

Jer. — (Muy sorprendido.) Usted dispense... No me figuraba que fuese usted, señorita Aurora... Con su permiso voy á cerrar... (Medio mutis foro derecha.)

Rol. — (Cogiéndole violentamente por un brazo y obligándole á dar media vuelta.) ¡Ya cerrarás!... ¡Aguarda!

Jer. — (Aparte.) ¡Caray!

Rol. — ¿Dónde está tu amo?

Jer. — (Un poco aturdido.) ¿Mi amo?... Pues verá usted, señor Roldán... Mi amo estaba aquí... ¿Sabe usted?... Pero ha salido.

Aur. — (Sorprendida.) ¿Que ha salido?

Rol. (Furioso.) ¡Mientes! (Cogiéndole por los hombros y zarandeándole.) ¿Cómo?... ¿cuándo?... ¿adónde?... ¿por qué!... ¡Responde!... ¡Contesta!...

Jer. (Muy apurado.) ¡Pero si no puedo! ..

Rol. (Apartándole de un empellón.) ¡Es verdad!... (Paseándose muy agitado.) ¡Cobarde!... ¡Huye dè mí!... ¡Se esconde!...

Aur. ¿Lo ves, papá?... ¡Si no debíamos haber venido!...

Rol. ¿Cómo que no?... ¡Ahora más que nunca!... ¡Todo antes que consentir que un botarate se burle de nosotros!

Aur. ¡Que se burle!... ¿qué importa?... ¡Afortunadamente yo no tengo nada que ver con ese caballero!

Rol. Pero ¿y tus cartas?... ¿Es que vamos á tolerar que las retenga en su poder indebidamente y, si á mano viene, que corran de mano en mano para servir de diversión y de chacota entre sus amigos?... ¡No, y mil veces no!

Jer. (Tímidamente.) Bueno, ¿puedo cerrar?

Rol. (Dando un golpe en el suelo con su bastón.) ¡No! (Se le queda mirando muy fijo.) ¡Cerrará usted cuando yo quiera!... ¡Cuando yo se lo mande!... ¡Y mucho cuidado con llevarme la contraria! (Se pasea furioso.)

Jer. (Aparte.) Pues, señor, ¿á que soy yo quien paga el pato?

ESCENA XI

DICHOS. Por el foro derecha BONI, DANIEL, SIMÓN y RETAMA que entran precipitadamente. Retama es carbonero y va completamente tiznado

Boni ¡Uf!... ¡Gracias á Dios!...

Simón ¡Ya estamos aquí!...

Boni ¡Ahora veremos si lo niega!...

Aur. (Con extrañeza.) ¿Eh?...

Rol. ¿Qué es esto?

Jer. (Aparte.) ¡Atiza!... ¡El otro lío!

Boni ¿Dónde está el infame?... ¿Dónde está el sinvergüenza de mi marido?...

Jer. ¡Señora de Bermúdez!...

Boni Conque enfermo ¿eh?... ¿Conque cardíaco y resulta que se ha pasado la noche en casa de una cocota?...

Simón (Señalando al carbonero.) Por lo menos así se lo dijo á Retama.

Ret. ¡Toma!... Y añadió que se había dejado su ropa y su cartera en casa de la prójima, y que por eso iba vestido de marinero.

Boni (Escandalizada.) ¡Cardíaco y de marinero!

Rol. (Interviniendo.) ¿A ver, á ver?... Un marinero .. La señora de Bermúdez...

Jer. Sí, señor, sí... Ya sé lo que está usted pensando... ¡Pero mi señorito es inocente!

Aur. ¡Inocente!

Jer. Esta señora (Por Boni.) es la esposa del caballero encargado de devolverles á ustedes las cartas... Y ese caballero las llevaba encima, perc resulta que no las puede devolver porque ha perdido su ropa en casa de la reina de *la chirimoya*

Todos ¡De *la chirimoya!...*

Dan. (Desesperado.) ¡Qué has hecho, imbécil!

Jer. ¡Salvar á mi amo!... ¿Qué me importa á mí lo demás?

Rol. Pero eso de *la chirimoya*, ¿qué quiere decir?

Jer. Es la amiga del señor Bermúdez... ¡Una artista de varietés!

Todos ¡Una artista!

Dan. (Desesperado.) ¡No le crean ustedes!...

Jer. Digo la verdad... Y en casa de su amiga es donde el señor Bermúdez ha perdido la ropa y las cartas.

Boni ¡Ah, infame!... (Indignadísima.) ¡Pediré el divorcio! Y su ropa y esas cartas me servirán de piezas de convicción.

Rol. ¡Puñales!... ¡Las cartas!

Aur. No, no... Perdone uted, señora... Esas cartas son mías.

Boni ¿Y á mí qué me importa?... ¡No habérselas dado á mi marido!

Rol. (Amenazador.) ¡Señora!...

Boni (A Jerónimo.) ¡Pronto!... ¿Dónde vive esa mujer?

Jer. Eso es lo que no sabe nadie.

Todos ¡Nadie!...

Boni Es igual... Yo la buscaré y ustedes vendrán como testigos. (A Simón y Retama.) ¡Y aunque tardemos tres meses en encontrarla no se apartarán ustedes de mi lado!

Ret. ¡Caracoles!... ¡Tres meses!...

Simón ¿Qué hago yo con el coche?

Ret. ¿Y yo con la carbonería?

Boni Les indemnizaré espléndidamente. Por de pronto, los alquilo á ustedes por días.

Simón Preferiría por horas.

Ret. Y yo por viajes.

Boni ¡Necesito encontrar la ropa y las cartas y las encontraré!...

Aur.
Rol. } No; las cartas, no...

Boni Las cartas, sí...

Dan. Orden, orden...

(Todos gritan á un tiempo.)

Ret. (A Simón.) ¡Vaya un lío, Simón!

Simón (A Retama.) ¡Vaya un cisco, Retama!

Boni ¡Y puesto que es artista de varietés, recorreré todos los salones de Madrid hasta dar con ella!

Rol. ¡Los recorreré yo antes que usted, señora!

Aur. (A Boni.) ¡Y veremos quién llega antes!

Dan. ¡Claro que lo veremos!...

Boni ¡Llegaré yo, que tengo la razón!...

Rol. ¡O yo, que necesito las cartas!

Dan. ¡O yo, que lo necesito todo!

(Escándalo monumental. Vanse todos por el foro derecha tumultuosamente y gritando á un mismo tiempo.)

Jer. (Aterrado. Levantando los brazos.) ¡Dios mío!... ¡Donde caigan, la invasión de los bárbaros!...

(Queda en escena. Sigue oyéndose á lo lejos el griterío de los demás personajes. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Gabinete íntimo en casa de Claudina, artista de «Music-hall». Al fondo, y pegado al muro de la habitación, un armario de luna moderno y grande. A la derecha, en primer término, balcón practicable. En segundo término—y formando chaflán—puerta que conduce á un dormitorio. A la izquierda, en primer término, puerta que comunica con la antesala. En segundo término—y tambien en chaflán—otra puerta que da acceso á las habitaciones interiores. Alfombra. En las paredes, retratos de artistas. Globo de luz en el techo. Convenientemente distribuídas por la habitación varias sillas de tapicería, todo muy elegante. A la derecha, y en sitio muy visible, un canapé que se abrirá como un arca. Es de día.

ESCENA PRIMERA

FILO, POLITO y CARMEN. Filo es una señora que pasa de los cuarenta años, pero que por su modo de hablar y por sus actitudes se ve que sigue creyéndose una muchacha joven aún. Polito ha cumplido ya los cincuenta. Ambos visten con exagerada elegancia. Al empezar el acto, los tres personajes en el centro de la escena. A la derecha, en primer término, una mesita con dos sillas, dos platos y restos de un almuerzo. Carmen, un poco contrariada, dirige sus miradas, de vez en cuando y con disimulo, á la mesita y al balcón que estará cerrado

Filo (Examinando el armario.) ¡Qué lástima!... ¡Es un armario ideal!... (A su esposo.) ¿Verdad, Polito?...

Polito Sí, cielín... ¡Y estaría precioso en nuestra alcoba!... (A Carmen.) ¿De veras cree usted que la cosa no tiene arreglo?

Car. (Aparte.) ¡Uf! ¡qué pesadez!... (Alto.) Ya les he dicho á los señores que todo está embargado y que no tardarán en venir á llevárselo, porque creo que esta misma tarde lo sacan á subasta en el Hotel de Ventas.

Filo No le extrañe á usted nuestro interés... Somos vecinos, vivimos en la casa de enfrente y vimos traer este mueble hace quince días... Yo quedé encantada, se me antojó y hemos recorrido todos los almacenes de Madrid buscando otro igual, pero ha sido inútil... (Con dolor.) ¡Ay!... ¡Desde entonces sueño con el armario noche y día! ¿Verdad, Polito?

Polito ¡Soñamos, cielín, soñamos!...

Filo Por eso, después de pensarlo mucho, nos hemos tomado la libertad de subir hoy á ver si su señorita de usted, que parece muy simpática, quería hacer el favor de vendérnoslo.

Car. (Impaciente.) Pues ya les digo... Han llegado tarde

Polito ¡Qué contratiempo!... ¡Hubiera dado por el armario cuanto me hubiera pedido!

Filo Es verdad.

Polito (A Carmen.) Dieciseis años, joven, dieciseis años de matrimonio llevamos mi señora y yo esperando inútilmente esa felicidad que todos los que se casan esperan. Y ya nos empezábamos á dar por vencidos, cuando el mes pasado, una buena mañana, esta pobre inocente, toda ruborosa, vino á comunicarme la fausta noticia .. ¡Por fin llegaba aquello!... ¡Después de dieciseis años de espera!

Filo (Haciendo dengues.) ¡Polito, por Dios!

Polito ¡No te avergüences! ¿Hay nada más honroso, ni más legítimo?... (A Carmen.) Imagínese usted ahora, joven, en esta situación, cómo le niego yo un capricho á esta criatura... ¡Nos exponemos á una catástrofe!

Car. Sí, sí.. Pero ya ve usted...

Polito No digo yo el armario, la casa de Correos que se le hubiera antojado tendría que comprársela .. Pero, en fin, si no puede ser... ¿Verdad, cielín?

Filo Verdad, Polito... (Mirando el armario y suspirando.) ¡Ay!...

Car. Caramba, si el capricho va á traer consecuencias, yo que los señores iría á la subasta y me quedaría con el mueble.

Filo ¿A la subasta?...

Car. ¡Claro!... Al Hotel de Ventas.

Polito ¡Calla, pues no se me había ocurrido!... ¿A ti que te parece?

Filo A mí, muy bien... ¿Y á ti?

Polito A mí, lo que á ti te parezca... ¡Pues no faltaba más! ¿Después de dieciseis años esperando te voy á negar ese capricho cuando estamos á punto?... ¡Aunque me costase una fortuna!

Filo Haces bien, Polito... Para otra vez seré más razonable.

Polito ¡Vámonos!... ¡Quiera Dios que lleguemos á tiempo! Abur, joven, y muchas gracias.

Car. No las merece... (Indicándoles la salida.) Por aquí, por aquí .. (Pasa Carmen delante.)

Polito Ah, sí... Es verdad... (A la señora. Al salir.) ¿Vas bien, vidita?

Filo Muy bien, Polito. (Mutis por la primera izquierda.)

Polito (Radiante de felicidad.) ¡Por fin!... ¡Por fin!... ¡Me va á parecer mentira cuando le tenga en mis brazos! (Mutis.)

ESCENA II

CARMEN. En seguida JERÓNIMO por el balcón

Car. (Que vuelve después de breve pausa.) ¡Uf, ya se fueron!... ¡Habráse visto el par de vejestorios!... ¿Y para venir con tales embajadas la interrumpen el almuerzo á una?... ¡No sé cómo he tenido paciencia! .. En fin, voy á sacar á ese del balcón. (Se dirige al balcón y abre.) Ya puedes salir... Y dispensa, hijo.

Jer. ¡Caray!... ¡Creí que no se marchaban!...

Car. Ya, ya... Siéntate y vamos á seguir comiendo. ¿En qué estábamos?

Jer. Tú, no lo sé. Yo me andaba por el segundo solomillo.

Car. Pues toma y continúa. (Le sirve. Se sientan y siguen el almuerzo.)

Jer. Trae, trae... Tengo un hambre feroz. (Comen.)

Car. ¡Tonto!... ¡Y no querías subir!...

Jer. No quería porque me daba reparo... ¡Como es la primera vez y, además, no conozco á tu señorita!

Car. Ya te he dicho que estaba yo sola... Aparte de que, por ella, podemos comer con tranquilidad... ¡Desde anoche no la he visto el pelo!

Jer. ¡Caray! Por lo que veo lleva la misma vida que mi señorito. Tampoco le he visto desde anteayer.

Car. Sí, pero á ésta maldito lo que la luce... Mucho divertirse, mucho triunfar, y todo ¿para qué? ¡Para que nos hayan embargado los muebles!

Jer. Oye, ¿y no podías haberles vendido á esos el armario?

Car. ¡Quita, hombre!... ¡Menuda responsabilidad! ¡Además, un mueble con trampa!

Jer. (Sorprendido.) ¿Con trampa?

Car. (Arrepentida de su ligereza.) ¡Ay!... ¡se me ha escapado!... ¡no quería decírtelo!...

Jer. ¡Hola, hola!... ¿A ver qué es eso de la trampa?... ¡Explícate!

Car. Bueno... después de todo no tiene nada de particular... Además, tú eres reservado y no harás uso de lo que yo te diga...

Jer. Te lo prometo.

Car. Pues atiende... Ese armario y ese canapé, que se abre como si fuese un arca, están cloroformizados por dentro.

Jer. (Sorprendidísimo.) ¿Qué me cuentas?

Car. Lo que oyes... Te metes, cierras y te quedas dormido.

Jer. ¡Caray!... ¡Parece cosa de magia!

Car. Pues no te exagero. Son muebles que han servido siempre para esconder á los amigos en caso de apuro... Lo que hay es que mi señorita ha inventado lo del cloroformo en vista de que cuando los escondía empezaban á estornudar. (Suena el timbre de la puerta dos veces seguidas. Carmen, asustada, se pone en pie.) ¡Jesús!... ¡La señorita!

Jer. (Levantándose también.) ¡Arrea!...

Car. (Muy azorada.) ¡No cabe duda!... ¡Es su manera de llamar! ¿Y qué hacemos?

Jer. ¡Qué sé yo!... ¡Escóndeme!

Car. Es verdad... ¡Ven al armario! (Corre y abre el armario.)

Jer. (Retrocediendo de un salto.) ¡Un demonio, que me cloroformizo!

Car. Pues vuélvete al balcón.

Jer. ¿Otra vez al balcón?...

Car. Son cinco minutos... En seguida te saco. (Abre el balcón.)

Jer. (Que ha entrado y retrocede.) ¡Puñales!

Car. ¿Qué pasa?

Jer. Que ahora empieza á llover.

Car. ¡Bah, cuatro gotas!... ¡Si en seguida te saco! (Vuelve á sonar el timbre.)

Jer. Bueno, bueno. (Se resigna.) Quedamos en que no es más que un momento.

Car. (Empujándole) ¡Y dale!... Nada más.

Jer. ¡Conformes! (Entra y en seguida saca la cabeza.) Oye, ¿no tienes un paraguas?

Car. ¡Cállate, hombre! (Cierra el balcón.) ¡Ya está! Y ahora á abrir á mi señorita que tiene prisa por lo visto. (Mutis corriendo por la primera puerta de la izquierda. Deja de sonar el timbre.)

ESCENA III

CLAUDINA, CARMEN y ROLDÁN

Clau. (Dentro.) ¡Pero, hija, por Dios, ni que estuvieras durmiendo! (Entra en escena. Es una mujer elegante. Tipo de cocotte.) Pase usted, amigo mio... Pase usted.

(Entra Roldán que avanza lentamente. Lleva el gabán abrochado, las manos en los bolsillos del gabán—por una de las cuales asoma el bastón—y el sombrero de copa inclinado sobre el lado derecho con aires de conquistador. Detrás de Roldán aparece nuevamente Carmen.)

Car. (Aparte.) Y trae visita... ¡Eso es lo peor! (En voz alta.) ¿La señorita quiere alguna cosa?

Clau. No. Ya te llamaré.

Car. (Aparte.) ¡Y cómo saco del balcón á ese!...
(Mutis por la segunda puerta de la izquierda.)

Clau. (A Roldán. Mientras ella se quita el sombrero.) Permita usted que le dé un millón de gracias por su amabilidad de acompañarme hasta aquí... Como usted verá, mi casa es muy pequeña... Pero para una mujer que está sola en el mundo... ¿Verdad? (Va á dejar el sombrero sobre un mueble.)

Rol. (Aparte.) ¡Es una monada!... (En alta voz y muy amable.) ¡Claudina!...

Clau. ¡Amigo mío!...

Rol. Usted... no está sola en el mundo.

Clau. (Sorprendida.) ¿No?... (Riendo.) Pues ¿quién va á acompañarme?

Rol. (Con firmeza,) ¡Yo!

Clau. ¿Usted?... (Ríe burlonamente.) ¡Hombre, por Dios, usted no está bueno!...

Rol. (Muy serio.) Soy militar... Tengo cinco cruces ganadas en campaña...

Clau. ¿Nada menos que cinco?

Rol. O seis... No recuerdo con exactitud... Además soy rico... Puedo sostenerla á usted espléndidamente... ¿Hace?

Clau. ¿Que si hace?... Hace una barbaridad de rato que le estaba á usted viendo venir.

Rol. ¿Y no acepta usted?

Clau. Un poquito de calma... Los hombres—y usted perdone la comparación - son como los melones, que aunque parezcan maduros hay que calarlos.

Rol. ¿Sí, eh?

Clau. ¡Digo!... Los hay valencianos y de la tierra... Los hay que salen dulces, que son los menos, y los hay... Bueno, los hay como mantas... ¡Ya lo sabe usted! A lo mejor, el que parece más blando, resulta que una no puede hincarle el diente y en cambio otros, que se presentan gordos y bien criados, no tienen nada dentro... ¿Comprende usted?... Con los hombres y con los melones no puede una fiarse de las apariencias... ¿Usted cómo se llama?

Rol. José.

Clau. ¿Ve usted?... ¡Ya me ha salido usted *pepe!*

Rol. ¡Pero Claudina, por Dios!

Clau. Puedo equivocarme, no lo niego... Pero por eso precisamente yo no me fío de ningún hombre, si no es á cala... Necesito tratarle algún tiempo... Observarle... Tomar confianza... y saber á lo que me convida.

Rol. Sí ¿eh?

Clau. ¡Natural!

Rol. Pero bueno; usted, si no me equivoco, me había prometido una taza de té y unas pastas íntimas.

Clau. Y voy á obsequiarle á usted inmediatamente... ¡No faltaba más!... (Llamando á la doncella.) ¡Carmen!..

Rol. (Aparte.) ¡Lo dicho, es deliciosa!

Car. ¿Llama la señorita?

Clau. Sí... Prepáranos el té.

Car. En seguida. (Va á hacer mutis.)

Clau. Espera... Súbenos antes unos emparedados de jamón, unas pastas y un poco de Jerez... (A Roldán.) ¿Me da usted dinero?

Rol. (Sorprendido.) ¿Yo?... (Transición.) Ah, sí... (Dándola su portamonedas.) Ahí va.

Clau. (Saca dinero del portamonedas y se lo enseña á Roldán.) Diez pesetas... ¿Ve usted? No le tomo á usted más que diez pesetas.,.

Rol. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bah!... Coja usted, coja usted... (Aparte.) ¡No hay más!

Clau. (A Carmen.) Corre... Y llévate el paraguas. Creo que está lloviendo.

Car. (Asustada.) ¿Lloviendo?...

Clau. Sí... ¡Calla, á ver!... (Callan. Pausa breve. Se oye fuera el ruido de un chaparrón tremendo.) ¡Digo!... ¡El diluvio!

Car. (Aparte.) ¡Y el otro en el balcón! (En voz alta.) Voy por el paraguas. (Mutis por la primera puerta de la izquierda.)

Clau. Yo cerraré la puerta. (Mutis detrás de Carmen.)

ESCENA IV

ROLDÁN. Luego CLAUDINA. Más tarde BERMÚDEZ

Rol. ¡Bravo!... ¡Te has lucido, Roldán!... Media vida en campaña, levantándote á toque de corneta y exponiendo la muralla de tu pecho á las balas enemigas... ¿y todo para

qué? para acabar como cualquier botarate, prendido en las redes de una sirena engañadora, que luce y exhibe su sandunga en un teatrillo de Varietés... ¿Y para esto he ganado yo siete cruces?... ¡Me he lucido!... Convengamos en que este final no es precisamente napoleónico. (Pausa breve.) ¡Dios mío, qué cansado estoy!... (Bosteza.) ¡Verdad es que hay que ver el trajín que yo me he traído desde anteayer á las once de la mañana! (Se sienta.) ¡Es curioso un teatro de Varietés por dentro!... Allí he conocido á este diablo de Claudina y la he visto bailar *la chirimoya*... (Con admiración.) ¡Cómo la baila!... Después me ha contado su historia entre sorbo y sorbo de champán... Me ha dicho que es casada... Que su marido la daba una vida de perros... Que se ha tenido que escapar y que el marido la persigue ahora... ¡Es lo de siempre!... ¡Pero como no me cuesta trabajo hacer que me lo creo!. . ¡Qué más da!... (Bosteza. Medio dormido.) Claudina... El marido... *la chirimoya*... Bermúdez... Bermú... Bermú .. (Queda profundamente dormido en la butaca. Pausa. Fuera suena, cada vez con mayor intensidad, el ruido del chaparrón.)

Clau. ¡Qué atrocidad! ¡Está lloviendo á cántaros!... (Deteniéndose sorprendida ante Roldán.) ¿Eh?... ¿Pero qué le ha dado á este hombre?... (Asustada, se acerca y le zarandea.) ¡Roldán!... ¡Amigo Roldán!... (Pausa. Escucha y Roldán lanza un ronquido.) ¡Anda, si se ha dormido!... (Riendo.) ¡Bueno, verdaderamente es lo único que se podía esperar! Aprovecharé su sueño para arreglarme un poco. (Comienza á quitarse alfileres y á darse polvos frente al espejo, canturreando al mismo tiempo un cuplé francés.)

Rol. (Medio dormido.) ¿Quiere usted callarse y dejarme dormir?...

Clau. Ah, sí... Usted perdone,.. ¡Tiene gracia! (Pausa. En el balcón suena un estornudo.) ¡Jesús!

Rol. (Adormilado.) ¡Jesús! (Nueva pausa. Se oye el timbre de la puerta.)

Clau. ¿Quién será?... Para que vuelva mi doncella me parece demasiado pronto... ¡No faltaba sino que el zángano de mi marido hubiese

averiguado mi paradero... Miraré por el ventanillo. (Mutis. Nueva pausa. En el balcón suena otro estornudo. Roldán se incorpora, mira á uno y otro lado y vuelve á recostarse. Un instante después suenan seguidos dos estornudos más fuertes aún. Roldán se incorpora de nuevo, saca su pañuelo y se limpia las narices.)

Rol. ¡Ea, ya me he constipado!... (Se sube el cuello del gabán y vuelve á dormirse.)

Clau. (Dentro.) ¿Quién es?

Berm. (Ahuecando la voz.) ¡En nombre de la ley, abra usted al comisario de policía!

Clau. ¡Jesús!... ¡El comisario! .. (Sale precipitadamente, muy aturdida.) ¿Y qué hago yo ahora?... ¡Esto es que ese bárbaro me viene á dar el disgusto!... (Zarandeando á Roldán.) ¡Pronto!... ¡Levántese usted!...

Rol. (Entre sueños.) No puedo... Estoy acatarrado.

Clau. ¡Ah, yo se lo ruego á usted, caballero!... ¡Levántese!... ¡El comisario quiere entrar!... ¡Viene con mi marido!...

Rol. ¡Zambomba! (Da un salto.) ¿Y por dónde me marcho? (Sigue sonando el timbre.)

Clau. No... Si no puede usted marcharse... Lo que voy á hacer es esconderle .. (Abre el armario.) Venga usted... Entre usted aquí...

Rol. ¡Caramba!... ¡En un armario! ..

Clau. (Muy apurada.) ¿No quiere usted?

Rol. (Con serenidad.) ¡Señora!... ¡El hombre que como yo tiene ocho cruces!...

Clau. ¡Hágalo usted por mí!... ¡Se lo suplico!... ¡Se lo ruego!...

Rol. ¿Por usted?... Bueno. Entraré en el armario. (Deteniéndose.) ¡Ah, si Napoleón levantase la cabeza!

Clau. (Cerrando.) ¡Ajajá!... ¡Y ahora sí que va á dormir á gusto!... ¡Tiene sueño para veinticuatro horas! (Se guarda la llave del armario y vase corriendo á abrir la puerta.)

ESCENA V

CLAUDINA y BERMÚDEZ

Clau. (Dentro.) ¡Adelante, señor comisario!... ¡Cómo! ¿Viene usted solo?... (Aparece Bermúdez con el som-

brero puesto y calado como una sopa. Cuando ha entrado se quita el tapabocas para darse á conocer.)

Berm. No es el comisario... Soy yo.

Clau. (Asombrada.) ¿Usted?...

Berm. Para servirla... Lo que hay es que me he fingido el comisario para que me abriese usted la puerta.

Clau. ¡Muy bonito!

Berm. Precioso... ¡Ya lo sé! Pero no iba á decirle á usted que era su amigo de la otra noche para que usted no abriese... ¡Como está usted acompañada!

Clau. ¿Quién se lo ha dicho?

Berm. ¡Ay, qué gracia!... Yo que vengo siguiéndola á usted. Solo que como no me gusta estorbar, he estado haciendo tiempo para que su galán se fuera, me ha sorprendido el chaparrón y fíjese usted... ¡Neptuno en el siglo XX!

Clau. ¡Jesús!... ¿Y á quién se le ocurre?...

Berm. A mí. Pero no me volverá á pasar... Cuando tenga que seguirla á usted otra vez, me pondré una escafandra por si acaso. (Transición.) Pero á todo esto, ¿dónde se ha metido ese cernícalo de Roldán?

Clau. Ah, ¿usted le conoce?

Berm. ¡Ya lo creo!... Y se lo tengo que decir todo en su cara, ¡pues no faltaba más! Medio siglo ganando cruces, según él, y ahora resulta que salimos con estas... ¡Buen caña está ese!...

Clau. ¡Vamos, veo que viene usted á darme un espectáculo!...

Berm. Si lo quiere usted acuático, puede... Porque míreme usted cómo chorreo.

Clau. Pues entonces, ¿qué desea usted?

Berm. Mi ropa, amiga mía... Vengo á recoger mi ropa, que me la dejé aquí... Y con mi ropa mi portamonedas y un paquete de cartas...

Clau. (Riendo.) ¡Es verdad!... Ahora recuerdo que se nos perdió usted en el baile...

Berm. No... Yo no... Ustedes que me dejaron durmiendo debajo de un diván... Y si no es por los mozos que me despertaron á escobazos por la mañana, allí seguiría...

Clau. (Riendo.) ¡Pobre amigo mío!... Bueno, su ropa

la recogió mi doncella y está en ese armario. (Señalando el armario.) ¿Quiere usted que se la envíe á su casa?

Berm. ¡Un demonio!... Bonita se pondría mi mujer... Vengo á llevármela yo..

Clau. Pero por las buenas.. Sin escándalo

Berm. (Sorprendido.) ¡Claro!...

Clau. Y prometiendo antes, que vea usted lo que vea dentro de este armario, se callará.

Berm. ¡Caray!... ¿Pues qué tiene usted dentro?

Clau. Lo que á usted no le importa... Usted dígame si le conviene el trato. Y si no...

Berm. (Con decisión.) ¡Abra usted! Tenía que ver el cadáver de Roldán, ¡y no me alarmaría!

Clau. Pues entonces tome usted su ropa. (Abre el armario. Se ve á Roldán sentado dentro, con el sombrero de medio lado, subido el cuello del gabán y durmiendo como un bendito.)

Berm. (Retrocediendo de un salto.) ¡Puñales!...

Clau. (Aparte riendo.) ¡Ya está asustado!

Berm. (Aterrado.) ¡El cadáver de Roldán!... (Dando un grito.) ¡Ah!...

Clau. (Volviéndose.) ¡Pero hombre!...

Berm. (Con acento dramático pero retrocediendo siempre ante Claudina.) ¡Qué ha hecho usted, desgraciada!. ¡Ha asesinado usted al coronel!...

Clau. ¿Yo?...

Berm. Sí... Usted... ¡Le ha asesinado!... Y no satisfecha con esa víctima quería usted también acabar conmigo... Atraerme hacia ese armario misterioso... (Lanzando otro grito.) ¡¡Ah!!

Clau. ¡Caballero, le suplico!...

Berm. (Cogiendo un almohadón.) ¡No!... ¡No se acerque usted á mí!... ¡Estoy armado!

Clau. Lo que está usted es borracho todavía... Ea; tome usted su ropa y déjeme en paz... (Vuelve al armario á tiempo que suena el timbre.) ¡El timbre! (Cierra precipitadamente.)

Berm. (Después de breve pausa.) ¡Han llamado!...

Clau. Será mi doncella.

Berm. ¡Horror!... ¡La cómplice!

Clau. ¿Pero qué cómplice ni qué narices?... ¿Se quiere usted callar?

Com. (Dentro.) ¡En nombre de la ley, abrid!

Berm. ¡¡El comisario!! (En el colmo del terror.)

Clau. Y ahora sí que es verdad.

Berm. ¡Dios mío!.. ¡El comisario!... ¡Un crimen!... ¡Me tomarán por el asesino!...

Clau. No, señor; le tomarán á usted por mi amante.. Es mi marido que viene á sorprenderme...

Berm. Peor... ¡Asesino y adúltero!...

Clau. ¿Pero quiere usted no gritar?

Berm. ¡Esto no se hace con un amigo!...

Clau. (Desesperada.) ¡Cállese usted! (Pausa. Silencio.)

Com. (Dentro.) ¡Basta!... ¡Descerrajen ustedes la puerta!

Clau. ¡Jesús!... Van á descerrajar la puerta...

Berm. ¿Y qué hace usted conmigo?... ¿Dónde me meto?...

Clau. Venga usted al armario...

Berm. (Dando un salto.) ¡No!... ¡Con el cadáver, no!

Clau. (Levantando el asiento del canapé.) Pues escóndase usted aquí dentro...

Berm. ¡Caray!... ¡Preferiría estar encima!...

Clau. ¡Vamos!... ¡No hay tiempo que perder!

Berm. Voy, voy... (Se oculta en el canapé.)

Clau. (Dejando caer la tapa.) ¡Así!... ¡Con tal que no le encuentren!..

Berm. (Asomando la cabeza,) Oiga usted... ¡que aquí huele que atufa!...

Clau. ¡Silencio, que vienen! (Bermúdez se esconde rápido. Claudina se sienta de golpe en la tapa del canapé.)

ESCENA VI

CLAUDINA, PELÁEZ, el COMISARIO y el CABO PÉREZ

Com. (Entrando y descubriéndose.) Buenos días... ¡Que nadie se mueva! (A Claudina, que intenta levantarse para contestar al saludo. Transición. A Peláez.) ¿Reconoce usted á esta señora?

Peláez (Con firmeza.) ¡Es mi esposa, señor comisario!

Com. Perfectamente. (A Claudina.) Y usted, señora, ¿reconoce á este caballero?

Clau. Sí, señor... Desgraciadamente ese infame es mi marido...

Peláez (Indignado.) ¡Cómo!... ¿Yo infame?...

Clau. (Furiosa.) ¡Sí! ¡Usted!... ¡Miserable!... ¡Infame!... ¡Verdugo!...

Peláez ¡Señor comisario, que me falta!...

Clau. ¡No le haga usted caso, señor comisario!...

Com. (Separándolos y gritando.) ¡Silencio!... ¡Silencio!...

Peláez (Furioso.) Es que esta mujer me está injuriando...

Clau. Es que este infame quiere perderme...

Com. (Dando un grito mucho mayor.) ¡¡Silencio!! (Pausa.)

Pérez (Sin voz apenas.) ¡Si... lencio! (Tic nervioso.)

Com. (Recobrando el tono de voz normal.) ¡Su esposo la acusa á usted del delito de adulterio!

Clau. (Indignada.) ¡Mentira!...

Peláez (Idem.) ¡Verdad!...

Com. (Como antes.) ¡Silencio he dicho! (Nueva pausa.) Y para demostrar la exactitud de su acusación, afirma que ahora mismo tiene usted escondido á un hombre.

Clau. ¿Yo?... (Medio en bromas y medio en veras.) ¡Que me registren!

Peláez (Al Comisario.) ¿Lo ve usted?

Com. (Con severidad.) ¡Señora!...

Clau. La casa entera está á su disposición, señor comisario .. ¡Regístrela usted! (Aparte.) Sólo la audacia puede salvarme.

Com. Está bien. (Al cabo Pérez.) ¡Cabo Pérez!

Pérez (Con acento gallego.) ¡Pre... sente!

Com. ¿Quién queda guardando la puerta?

Pérez En la escalera, dos números... (Tic nervioso.) En el portal otros dos, señor comisario. (Tic nervioso.)

Com. Que suban los del portal. (El Cabo saluda y hace mutis.) Esperemos. Es cuestión de un par de minutos.

(Pausa. Silencio. De pronto suena un estornudo en el balcón.)

Peláez
Com. } (Mirándose mutuamente.) ¿Eh?

Clau. (Aparte.) ¡Adiós!... ¡El del armario!

Com. ¡Han estornudado!

Peláez Y ha sido aquí... Muy cerca...

Clau. Yo le aseguro al señor comisario...

Com. (Con autoridad.) ¡Silencio!...

Clau. Pero es que puede usted creer...

Com. ¡He dicho que silencio!

Clau. Bien, bien... (Aparte.) ¡Que no vuelva á estornudar, Dios mío!

(Nueva pausa seguida de dos estornudos.)

Peláez ¡Otra vez!...

Com. ¡Ya no cabe duda!... Señora, creo que no se atreverá usted á negar que en esta casa ha escondido usted á un hombre.

Peláez Dos... Han sido dos...

Clau. (Asustada.) ¿Cómo dos?...

Peláez Dos estornudos... Los he oído.

Clau. Señor comisario, le digo á usted que estoy sola en el piso.

Peláez ¡Mentira!... ¡Aquí hay un hombre!

Com. Y para encontrarle no tenemos necesidad de molestarnos mucho... Está bastante visible...

Clau. (Mirando instintivamente hacia el armario.) ¿Visible?...

Peláez (Mirando hacia el balcón.) ¡Sí!... ¡Es verdad!... ¡Allí está el miserable!

Clau. ¿Allí?... (Asombrada.) ¿Que allí hay un hombre?... ¡Ah! ¡Si encuentran ustedes un hombre en el balcón, les convido á lo que quieran!

Com. ¡Ya lo creo!... Ahora mismo, señora... (Se dirige al balcón y abre las vidrieras.) Entre usted, caballero.

Jer. (Que aparece chorreando, calado hasta los huesos.) ¡Gracias á Dios!... (Estornuda.) ¡Atchís!

Clau. (Anonadada.) ¡Un hombre!... ¡Ah!... (Cae en una silla.)

ESCENA VII

CLAUDINA, JERÓNIMO, el COMISARIO y PELÁEZ. Luego el CABO PÉREZ y GUARDIAS 1.º y 2.º

Peláez (A Jerónimo.) ¡Ah, canalla, bandido, cobarde!... ¿Quién es usted?...

Jer. Un náufrago. ¿No lo está usted viendo? (Le chorrea el agua por todas partes.)

Com. (Á Claudina.) ¿Supongo que ahora no dirá usted que estaba sola?

Clau. Al contrario .. Ahora lo digo más que nunca... Lo diré á voces, á gritos... ¡Yo no conozco á ese hombre!... ¡No me explico cómo estaba en el balcón!

Com. ¿Eh?...

Peláez ¡Bah!... ¡Pretextos!... ¡Ya se lo dirán á usted y á él en la comisaría!

Jer. ¡Caray!... ¿Pero vamos á ir á la comisaría?

Com. ¡Naturalmente!

Jer. ¡Pero si yo no conozco á esta señora!... ¡Si á mí quien me ha metido en el balcón es la doncella!...

(Entran los Agentes y se detienen esperando órdenes.)

Com. Déjeme usted en paz... (Al Cabo.) ¡A ver, cabo Pérez!...

(Avanza el Cabo que se coloca al lado de Jerónimo.)

Jer. Señor Comisario, que esto es inaudito...

Com. ¡Silencio!

Jer. Que soy una víctima.

Com. ¡¡Silencio!!

Jer. Que juro por mi honor...

Pérez (A Jerónimo.) ¡Silencio!... ¡Hum! ¡Hum! (Tic nervioso. Jerónimo se queda mirándole con extrañeza.)

Peláez (Paseándose nervioso.) ¡Por fin!... ¡Por fin voy á vengarme!

Com. (A Claudina.) ¡Señora!... ¡Tenga usted la amabilidad de acompañarnos!...

Clau. (Que se ha puesto el sombrero.) No deseo otra cosa... ¿Yo culpada por mi marido?... ¿Yo en entredicho?... ¡Lo veremos!... Ahora es cuando se descubrirá quién es este hombre y quién soy yo.

Peláez ¡Ya está visto!

Clau. ¡Ah, caballero!... ¡Tendrá usted que pedirme perdón de rodillas! (A Peláez.)

Peláez (Asombrado.) ¿Yo?...

Clau. Sí... ¡Usted!... ¡Por supuesto, me reservo la acción judicial y le perseguiré después por injuria y calumnia! (Al Comisario.) Cuando usted guste, señor comisario.

Com. Ahora mismo. (Cediéndola el paso.) Pase usted, señora... (Salen todos por la derecha.)

Jer. ¡Santo Dios!... ¡¡A la comisaría!!...

Pérez (A Jerónimo.) ¡Silencio!... ¡Hum! ¡Hum!

Jer. (Muy sorprendido.) ¡Caray!... ¿Será automático este guardia? (Mutis.)

ESCENA VIII

BERMÚDEZ. En seguida CARMEN y la PORTERA

Berm. (Después de una pausa va levantándose poco á poco el asiento del canapé y aparece la cabeza de Bermúdez. Está congestionado, medio dormido y habla con penosa lentitud.) No puedo más... Este olor me asfixia... Los ojos se me cierran... No sé dónde estoy... (Pausa. El reloj da cuatro campanadas.) La una... (Cada vez más atontado.) ¿Qué va a ser de mí?... Las cartas.. Mi mujer... El cadáver de Roldán... ¡Ah!... (La voz es cada vez más débil y Bermúdez, sin fuerzas, acaba por caer dormido en el fondo del arca cuya tapa se cierra sola produciendo el ruido de un golpe seco. Pausa.)

Car. (Entrando muy agitada. Trae varios paquetes y la botella y el pan pedidos por Claudina.) Pero, ¿qué me cuenta usted?... ¿Es posible semejante atropello?...

Port. (Que entra siguiendo á Carmen.) Sí, hija, sí... Te digo que no hace ni cinco minutos... ¡Parece ser que el que venía con el comisario es el marido!

Car. ¡Si ya se lo estaba temiendo ella!... ¡Si hace ocho días que no hablaba de otra cosa!... (Viendo el balcón abierto.) ¡Cómo!... ¿El balcón abierto?

Port. ¿Quieres que lo cierre?

Car. Bueno... Lo mismo da. (Aparte, mientras la Portera cierra el balcón.) ¡Abierto!... ¿Qué habrá sido de Jerónimo?

ESCENA IX

CARMEN, la PORTERA, SEBASTIÁN y MOZOS 1.°, 2.°, 3.° y 4.°

Seb. Buenos días.

Car. ¡Ah! ¡Los mozos!...

Port. Buenos días.

Car. ¿Vienen ustedes á llevarse los muebles?

Seb. ¡Así parece!... Y que entran en la subasta de

hoy... Pero nos han dado tarde el recado y ahora tenemos que arrear.

Car. El caso es que la señorita... ha salido.

Seb. Bueno, eso no importa... ¡Nosotros con llevarnos los muebles!... (A los mozos.) ¡Hala! Id cargando con esto.

(Dos mozos se llevan las sillas. Otros dos cogen el canapé.)

Port. ¡Qué lástima!... ¡Mira que haberla embargado!... (A Carmen.)

Car. ¡Ya, ya!... (A Sebastián.) ¿Y nos van ustedes á dejar sin nada?

Seb. A mí no me han dado orden de llevarme más que lo de este gabinete.

Car. ¡Menos mal!

Seb. (A los mozos que cargan con el canapé.) ¡Aguardadse, hombre!... ¡No vais á bajar eso solo!... (Echando el velador sobre el canapé.) Llevaos también el velador. (Los mozos cogen el canapé cada cual por un extremo, y con grandes esfuerzos se lo llevan. El velador va encima.) Pesa, ¿verdad?

Mozo 1.º Bastante. (Mutis por la izquierda.)

Seb. ¡No importa!... ¡En este mundo hay que trabajar!... (A Carmen y por los paquetes que ha cogido del velador.) Y con esto ¿qué hago?

Car. ¡Ah, los emparedados!

Port. Pero, ¿qué es?... ¿Comida?

Car. Unas frioleras que me mandó subir la señorita... Pero si ustedes quieren... (Ofreciéndoselos.)

Seb. No crea usted que vendría mal tomar un bocado... El que trabaja debe alimentarse.

Port. Eso sí que es verdad.

Car. ¡Ah, pues coman!... ¡Coman ustedes!

(Sebastián coge las provisiones, se sienta en una banqueta y lo desenvuelve todo. En el suelo y al alcance de su mano, deja la botella.)

Seb. Con mucho gusto. (La Portera y Sebastián comen de todo.) ¿Y usted, no quiere nada? (A Carmen.)

Car. No... Gracias.

Port. Mal hecho... Esto entra sin sentir.

Seb. Y que hay que alimentarse, que es lo que yo digo. (Con la boca llena. Vuelven los mozos.)

Mozo 1.º Ya está aquello en el carro.

Seb. Pues, hala con el armario... Pero deprisa... ¡Ya sabeis que hay que trabajar! (Comiendo.)

¡Aquí el que no trabaja no come! (Los mozos le obedecen. Sebastián se empina la botella y echa un buen trago.) ¡Caramba! ¡El vino es de primera!

Port. ¿Sí, verdad?

Seb. ¡Pero ande usted, que bien lo necesita uno!... ¡Hay que ver lo que sufre el obrero!... ¡los tragos que pasa! (Vuelve á empinarse la botella.)

Port. Todos sufrimos.. ¿O cree usted que los tragos son para usted nada más?

Seb. (Limpiándose y dejando la botella á su lado.) Nada más.

Mozos (A un tiempo y cargando con el armario.) ¡Aúpa!... (Hacen mutis con el mueble.)

Mozo 1.º (A Carmen.) ¿Queda algo todavía?

Car. Nada.

Seb. Eso ya lo bajaré yo... ¡Vete! (Mutis del Mozo 1.º Sebastián se levanta.)

Car. Digo, sí .. Queda este portátil. (Por una lámpara pequeña.)

Seb. (Contrariado.) ¡Caray!... ¿No pesará mucho, verdad?

Car. Ya ve usted. (Dándoselo.)

Seb. (Sin tomarlo.) Bien, bien... No es que á mí me asuste el trabajo... ¡A Dios gracias yo soy muy trabajador!

Car. Sí... Ya lo veo.

Port. ¡Ya lo vemos!

Seb. Pero tiene uno que cuidarse. (Cogiendo el portátil.) Vaya, hasta más ver. (Suena un estrépito tremendo por la escalera.)

Car. (Asustada, lanza un grito.) ¡Jesús!

Port. (Idem.) ¿Qué ha pasado?

Seb. (Imperturbable.) Nada... ¡El armario, que se les ha caído por la escalera!... ¡Ya lo recogerán! Abur. (Mutis por la primera izquierda.)

ESCENA X

CARMEN, la PORTERA. En seguida y por la izquierda, BONI, CARLOS, DANIEL, AURORA, SIMON y RETAMA, que entran precipitadamente

Port. ¡El armario!... ¡Lo habrán hecho añicos!

Car. ¡No, porque es muy fuerte, pero con otra vez que se les caiga!...

Port. (Asomándose al balcón.) ¡Jesús, cómo va el carro!... ¡Y qué zarandeos le están dando al canapé para subirlo!

Car. ¿A ver, á ver?... (Se asoman.) ¡Jesús, qué atrocidad! (Apartándose.) ¡Bueno, cuando lleguen al Hotel de Ventas no quedan más que los tablones!

Dan. (Que entra precipitadamente.) ¡Aquí debe ser'. .

Boni Aquí es... Aquí es...

Carlos Por lo menos eso nos han dicho en el teatro.. (Todos hablan á un tiempo.)

Car. (Asombrada.) ¿Eh?... ¿Qué invasión es esta?

Aur. (Muy apurada.) Pero, ¿y papá?... ¿Dónde está papá?

Carlos (A Aurora.) ¡Cállate!

Dan. (A Carmen.) Oiga usted, joven... ¿Quiere usted decirnos?...

Aur. No, no... ¡Que hable Carlos!...

Boni (Interrumpiéndola.) ¿Por qué ha de hablar Carlos?... ¡Que hable este pollo! (Por Daniel.)

Carlos (Á Boni.) Permita usted ..

Dan. No, no... Déjame á mí...

Carlos ¡Quiero hablar yo!...

Dan. Yo, yo... (Confusión. Todos gritan á un tiempo.)

Car. ¡Uy, qué lío!... Bueno, hagan ustedes el favor...

Aur. Pero, ¿y papá?... ¿Dónde está papá?...

Carlos (Á Carmen.) Verá usted... Se trata de saber si un caballero...

Dan. Un caballero bajito, entrecano...

Boni Que estuvo aquí de juerga anteanoche...

Car. Sí; comprendido!.. ¿Qué?

Carlos Se trata de saber si se ha dejado aquí su ropa. (Callan. Todos esperan con ansiedad.)

Car. Sí... Efectivamente.

Todos ¡Ah!

Car. Mi señorita le disfrazó para ir al baile... y no hemos vuelto á verle... ¿Su traje era color marrón con vueltas de seda?

Boni ¡El mismo!... ¡Ah, granuja!

Todos (Conteniéndola.) ¡Calma!... ¡Calma!

Carlos (Á Carmen.) ¡Pronto!... ¿Ha registrado usted ese traje?

Dan. ¿Ha visto usted si tenía unas cartas?

Boni ¡Venga esa ropa!... ¡Yo se la compro á usted!

Carlos ¡Eso sí que no!... ¡La ropa es para mí!...

Boni ¡Lo veremos!

Carlos ¡Lo veremos! (Nuevo escándalo.)

Car. Cálmense ustedes... Esa ropa ya no está en casa.

Unos ¿Que no?

Otros ¿Cómo que no?

Otros ¿Pues dónde está?

Car. No me acordé de sacar el traje del armario y ahora mismo se han llevado el armario al Hotel de Ventas.

Todos ¡Horror!

Car. Hoy creo que lo subastan... ¡Como han embargado á mi señorita!...

Carlos ¡Ah!... ¡Yo lo impediré!

Boni ¡Y yo armaré un escándalo!...

Dan. ¡Y yo otro!...

Carlos ¡Las cartas!...

Dan. ¡El armario!..

Boni ¡La ropa!...

Aur. Pero, ¿y papá?... ¿Dónde está papá?...

Carlos ¡No hay que apurarse!... (Con decisión.) ¡Al Hotel de Ventas!

Todos ¡Al Hotel de Ventas! ..

Aur. ¡Yo no!... ¡Yo voy á buscar á papá!...

(Salen tumultuosamente por la izquierda. Todos hablan á un tiempo. Simón y Retama, que se han quedado dormidos en un rincón, siguen durmiendo plácidamente sin enterarse y sin que nadie repare en ellos.)

Port. (Asombrada.) ¿Pero, qué van á hacer?

Car. (Sale tras ellos gritando también. La Portera la sigue.) ¡Están locos!... (Gritando.) ¡Eh!... ¡Oigan ustedes!... ¡Escuchen ustedes!... (Desaparece por la izquierda.)

Simón (Después de una pausa se despierta y mira en torno suyo.) ¡Caray!... ¡Nos han dejado solos!... (Llamando á su compañero.) ¡Eh!... ¡Retama!...

Ret. (Sin abrir los ojos) ¡Calla y duerme!

Simón (Convencido.) Es verdad... (Bostezando.) ¡Nos han alquilado por horas!... (Siguen durmiendo apoyados el uno contra el otro. Telón pausado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala de subastas en el Hotel de Ventas. Mesas del Tasador y del Escribiente. Al fondo tarima en que se exponen los objetos subastados, entre los que se verá el canapé donde está oculto Bermúdez, y el armario en que se halla encerrado el señor Roldán.

ESCENA PRIMERA

FILO, POLITO, la SEÑORA BERNARDA, el TASADOR, el ESCRIBIENTE, CHAMARILERO 1.°, CHAMARILERO 2.°, Prenderas, Compradores y Curiosos. Filo y Polito estarán en el sitio más visible. Ella nerviosísima. El un poco nervioso también, pero procurando dominarse y tranquilizando á su esposa á cada momento. Al alzarse el telón se está subastando el armario

Tas. Setenta y cinco... ¿No hay quién dé más de setenta y cinco pesetas por ese armario? (Señalándole.) ¿No hay quién dé más?...

Filo (Desazonada, inquieta y á media voz.) ¡Ay, Polito, qué nos lo adjudican!... ¡Polito, que ya es nuestro!...

Polito (Á Filo.) ¿Pero te quieres callar, vidita? ¡Estás muy nerviosa!... ¿Ves cómo no debías haber venido?

Filo ¡Ay, déjame, déjame!... Si nos quitan el armario me muero del disgusto!

Polito (Aparte.) ¡Caray!... Pues es una advertencia!

Tas. Setenta y cinco, á la una... Setenta y cinco, á las dos... ¿No hay quién dé más de setenta y cinco?

Filo (Nerviosísima.) Es nuestro, es nuestro..

Ber. ¡Ochenta!

Filo (Dando un pequeño salto en su asiento y un grito nervioso.) ¡Ay!

Polito ¡Pero, Filo, por Dios!...

Tas. Ochenta pesetas... ¿Hay quién dé más de ochenta pesetas por el armario?

Polito ¡Ochenta y cinco!

Tas. Muy bien .. Ofrecen ochenta y cinco... ¿No hay quién dé más?... Ochenta y cinco, á la una... A las dos...

Filo Ahora, ahora...

Cham. 1.º ¡Noventa!

Filo (Como antes.) ¡Ay!

Polito ¿Otra vez? (A Filo. Muchos de los concurrentes empiezan á fijarse en la señora y á comentar á media voz sus nerviosidades.)

Tas. ¡Noventa!... ¡Ofrecen noventa pesetas!...

Polito ¡Ea, terminemos!... Señor tasador, ciento cincuenta pesetas por el armario. (Grandes rumores entre los concurrentes.)

Unos ¡Treinta duros!...

Otros ¡Ha ofrecido treinta duros!...

Varios ¡Es un disparate!...

Ber. (Al grupo de Chamarileros y Prenderos que la rodean.) A mí me escama esto... Treinta duros de golpe, y la señora cada vez más nerviosa... Les digo á ustedes que en ese armario hay gato encerrao. (Todos están conformes con lo dicho por Bernarda. Murmullos y conciliábulos.)

Cham. 2.º (Que es muy sordo. Al Chamerilero 1.º) ¿Qué ha dicho?

Cham. 1.º (Al oído y gritando) ¡Que hay gato encerrao!...

Cham. 2.º (Comprendiendo.) Ah, sí sí... ¡Ya lo creo!

Tas. ¡Orden, orden!...

Filo (Cada vez más nerviosa.) ¿Pero qué hace ese tasador? ¿Por qué no nos adjudica el armario? (No puede estar sentada y se pone en pie. Entre tanto, el Tasador y el Escribiente discuten en voz baja.)

Polito ¡Ya, ya!... ¡Me está dando un ratito!... ¡Eh, tasador!

Tas. Voy, voy... (Vuelve á su puesto.) ¡Orden! ¿Hay quién ofrezca más de ciento cincuenta pesetas?

Ber. Espere usted.

Polito (Nervioso.) ¡Otra demora!...

Filo ¡Uf! (Se pasea muy agitada.)

Ber. (Al grupo que la rodea.) No debemos consentir que se lo lleve... Si dejamos que los particulares compren sin intervención nuestra, estamos arruinaos.

Todos Es verdad... Es verdad...

Cham. 1.° Ofrezca usted. Todos estamos de acuerdo. (Volviendose á sus colegas.) ¿No es verdad?

Todos Sí... Todos...

Ber. Entonces pujaré. Y si el aficionao quiere el armario, que lo pague. (Todos hacen ademanes afirmativos. Algunos exclaman: ¡Muy bien, muy bien!)

Cham. 2.° (A Chamerilero 1.°) ¿Qué se ha acordao?

Cham. 1.° (Al oído del 2.° Gritando.) Se ha acordao pujar.

Cham. 2.° (Sin comprender.) ¿Cómo?

Cham. 1.° (Más fuerte.) Que vamos á pujar.

Cham. 2.° (Comprendiendo.) Ah, bueno, bueno... Pero hay gato.

Varios (Sorprendidos) ¿Gato?

Otros. (Idem.) ¿Qué dice?

Cham. 1.° (Encogiéndose de hombros.) No sé... ¡Dejadle!

Polito (Incomodado.) ¡Eh!... ¡Tasador! .. ¡Caramba!...

Tas. (A los Chamerileros.) Dense prisa... Hay quien ofrece treinta duros...

Polito O cincuenta... O sesenta... ¡Pero adjudíquemelo usted!

Filo Sí... ¡Haga usted el favor!...

Tas. Trescientas pesetas .. Dan trescientas pesetas...

Ber. (Aparte á sus compañeros.) Ofrezco, ¿eh?

Todos Sí. sí...

Ber. Trescientas... una...

Filo (Como anteriormente.) ¡Ay!

Polito (Aparte. Muy contrariado.) ¡Ya está armada otra vez! ¡Me va á costar una fortuna el armarito.

Tas. Trescientas una... Dan trescientas una...

Polito (Muy nervioso,) ¡Cuatrocientas! (Gran agitación entre los concurrentes.)

Ber. (Aparte.) ¡Esto no es natural!... ¡En ese armario hay algo gordo! (Pujando.) Cuatrocientas... una.

Polito (Aparte.) ¡Pues, señor, bueno!... (Alto.) ¡Quinientas!... Seiscientas! (Aparte.) ¡No se lo llevará! (Aumentan la agitación y los comentarios.)

Unos ¡Seiscientas pesetas!...

Otros ¡Ha dicho seiscientas! (Bernarda está muy nerviosa tambien.)

Cham. 2.º (A Bernarda.) Mucha precaución... No olvide usted que hay gato...

Ber. (Congestionada, sudorosa.) Seiscientas... una.

Varios (Animando á Bernarda.) ¡Bien, bien!...

Filo (Nerviosísima.) ¡Ay, Polito! ¡Polito, que á mí me va á dar algo!...

Polito (También nerviosísimo.) Pero, ¿qué pasará con ese armario?... (A Filo.) Tranquilízate, que será para ti... Ahora verás. (Gritando.) ¡Mil pesetas! (Asombro inaudito hasta en el Tasador y en el Escribiente. Todos comentan el ofrecimiento.)

Cham. 1.º (Estupefacto.) ¡Arrea!... ¡Cuatro mil reales!

Ber. (Aparte.) ¡Mil pesetas!... ¿Pero qué tendrá dentro?

Tas. (Cogiendo el martillo para rematar.) ¡Mil pesetas!... ¿No hay quién dé más de mil pesetas?...

ESCENA II

DICHOS y CARLOS

Carlos (Entrando muy agitado.) Sí, señor... ¡Yo!

Filo (Dando el grito mayor que nunca.) ¡¡Ay!!

Todos (Con asombro.) ¡Otro!...

Polito (Aparte. Sin salir de su estupefacción.) Pero, ¿por qué no querrán que me lo lleve?...

Carlos Yo doy mil quinientas, señor tasador.

Tas. Está bien, caballero.., ¡Dan mil quinientas!

Polito (Después de mirar compasivamente á su mujer.) ¡Nada, que es mi ruina!... (Gritando.) ¡Dos mil!

Tas. (Martillo en mano.) ¡Dos mil!... ¿No hay quién ofrezca? ..

Carlos Aguarde usted .. ¡Tres mil!

Polito (Desesperado.) ¡Cuatro mil!

Carlos ¡¡Cinco mil!!

(Aplausos atronadores. Filo no hace más que dar saltos sobre su asiento. Polito está desencajado y se limpia el sudor constantemente. La gente grita, se sube a los bancos y señala á Carlos con el dedo.)

Ber. (Aparte.) ¡No hay duda!... ¡El armario debe guardar un tesoro!

Cham. 1.º ¡Es extraordinario todo esto!

Tas. ¡Orden!... (Gritando.) ¿No hay quién dé más de cinco mil pesetas?...

Filo (A su marido.) ¡Vámonos, Polito, vámonos!...

Polito Dieceseis años esperando y vamos á dejar que se nos malogre?... ¡Quiá!... ¡Por un hijo, la vida! .. (Gritando.) ¡Seis mil! (Aparte.) ¡Veremos quién se lleva el armario! (Muy decidido.)

Carlos (Sin perder su aplomo.) ¡Siete mil!

Ber. (Aparte.) ¡Me va á dar una congestión. (Con voz ahogada.) Siete mil... una. (Emoción general.)

Polito (Aparte.) Anda, ¿también la prendera? ¡Pues ya somos tres!

Cham. 1.° (A Bernarda.) ¿Qué hace usted?... ¿Se ha vuelto usted loca?...

Ber. ¡Le digo á usted que dentro hay un tesoro!

Cham. 2.° (A Bernarda.) ¡Hay gato, hay gato!

Carlos ¡Ocho mil!

Filo (Apuradísima.) ¡Polito!... ¡Polito!...

Polito (Desesperado.) ¡Cállate!... ¡Esto nos cuesta una enfermedad!...

Ber. (Fuera de sí.) ¡Ocho mil... una! (Los Chamarileros y los Prenderos rodean á Bernarda y quieren disuadirla.) Dejadme, dejadme!... ¡Lo que hay dentro será para mí!... (Sin saber lo que dice.) ¡Ocho mil dos!... ¡Ocho mil tres!... (Aparte á sus amigos.) ¡Si pujan más me pongo mala!

Polito (Gritando.) ¡Ocho mil... cuatro!

Carlos ¡¡Diez mil!!

Filo ¡¡Ay!! (Cae medio desvanecida. Polito acude á socorrerla. Confusión.)

ESCENA III

BONI, CLAUDINA, DANIEL, SIMÓN y RETAMA. Después BERMÚDEZ en el canapé. Boni entra corriendo, llevando cogido de la mano á Daniel que, á su vez, tira de Claudina y ésta de Simón y Simón de Retama

Boni (Muy agitada.) ¡Tasador!... ¡Tasador, deténgase!... ¡No subaste usted á mi marido!... (Asombro general.)

Todos ¡Su marido!...

Clau. ¡No son sólo muebles lo que se vende aquí... ¡También se venden hombres!

Todos ¡Hombres!...

Tas. (Malhumorado.) ¿Qué broma es ésta?

Boni Nada de broma... Vengo de recoger á mis testigos que se me habían quedado olvidados en casa de esta señorita (Por Claudina.) y allí me he enterado de todo.

Tas. Usted se habrá enterado, pero yo no me entero de una palabra.

Clau. (Al Tasador.) Verá usted... Yo estaba en la Comisaría detenida por equivocación... Cuando me pusieron en libertad regresé corriendo á mi casa y allí me encontré con esta señora. (Por Boni.)

Tas. ¿Y qué?

Clau. Que supe que se habían traído mis muebles y vengo corriendo para decirle á usted: ¡Esto es un crimen!... ¡Deténgase usted!... ¡Está usted subastando á sus semejantes!...

Tas. (Sin comprender.) ¿Yo?. .

Carlos (A Claudina.) ¡Cómo!... ¿Acaso Bermúdez?...

Clau. (Señalando el canapé.) Está en el canapé.

Carlos ¿Allí?...(Gran curiosidad. Carlos se dirige al canapé y levanta el asiento. Dentro del arca se ve á Bermúdez inanimado. Los concurrentes, para ver mejor, se han puesto en pie sobre los bancos.) ¡Bermúdez!...

Todos (Con asombro.) ¡Un hombre!

Cham. 2.º (A Bernarda.) ¿Qué tal?... ¿No decía yo que había gato?...

Clau. (A Boni.) No está más que dormido... En cuanto aspire estas sales inglesas se reanimará. (Se acerca y hace aspirar á Bermúdez un frasquito de sales. Todos, incluso el Tasador y el Escribiente, esperan el desenlace de la escena con curiosidad.)

Berm. (Estornudando.) ¡Atchís!... (Carlos y Daniel sostienen á Bermúdez.)

Boni (Con ansiedad.) No está muerto, ¿verdad?

Clau. No, señora... Los muertos no estornudan. (Nueva pausa.)

Unos ¡Ya vuelve, ya vuelve!...

Otros ¡Silencio!...

(Pausa. Bermúdez abre los ojos, vuelve á cerrarlos, hace unos cuantos visajes y por fin despierta.)

Berm. (Con voz débil.) ¡Hola!... ¿Eres tú, Carlos?... (Viendo á Claudina.) ¿Y mi amiga?... ¡Oh, dejad que os abrace!... (Reparando en su mujer que se ha acercado sostenida por varias concurrentes.)

¡¡Mi mujer!!... ¡Horror! (Se deja caer aterrado en el fondo del arca.)

Clau. ¿Otra vez?...

Todos ¡Otra vez!...

Carlos (Cogiendo á Bermúdez por un brazo y sacudiéndole.) ¡Eh!... ¡Bermúdez!... ¡Vamos, hombre!...

Berm. (Sin querer salir.) ¡No!... ¡Mi mujer, no!...

Carlos Pero si te perdona....

Clau. Si ya es amiga mía...

(Pausa. Bermúdez, muy sorprendido, vuelve á sacar la cabeza y exclama mirando á Boni:)

Berm. ¡Cómo!... ¿De veras eres amiga de mi amiga?

Boni (Enternecida.) ¡Gorito!...

Berm. (Saliendo y echándose en brazos de su mujer.) ¡Bonifacia!... (Se abrazan conmovidos. Decepción en los concurrentes que vuelven á ocupar sus puestos en los bancos.)

ESCENA IV

DICHOS y AURORA, que llega muy apurada

Aur. Pero, ¿dónde se habrán metido?... ¡Ah, allí los veo!... (Dirigiéndose á Carlos.) ¡Carlos!... ¡Carlos!...

Carlos
Dan. } (A un tiempo.) ¡Aurora!...

Carlos ¿Qué quieres?... ¿A qué vienes?...

Aur. ¡A buscarte!... ¡Estoy asustadísima!... Papá no parece... Desde ayer no le he visto...

Berm. Su papá... ¿Pregunta usted por su papá?...

Aur. Sí, señor.

Berm. (A media voz y muy compungido.) ¡Pobre huérfana!...

Carlos
Boni
Dan. } (A Bermúdez.) ¿Cómo?... (Rodean á Bermúdez con ansiedad. Simón y Retama, igual que al final del acto segundo, se han dormido profundamente, espalda con espalda, en un extremo de la escena.)

Berm. (Apesadumbrado y dirigiéndose á Aurora.) ¡Ah, señorita!... ¡Por muy duro que sea para usted, no tengo más remedio que notificarle la verdad!... ¡Su papá no existe!

Aur. (Aterrada.) ¡Oh!... ¡Muerto!...

Berm. (Tristemente.) ¡Yo he visto su cadáver!

Aur. (Lanzando un grito.) ¡Ah!... (Cae desmayada en brazos de Carlos y Daniel. Impresión general.)

Carlos (A Bermúdez.) Pero ¿qué has hecho?...

Dan. ¡Pronto!... ¡El frasco!... ¡Las sales!...

Clau. Ahí va. (Entregándole el frasco.)

Polito (Desesperado.) ¡No acabaremos nunca!... (Habla animadamente con Filo en voz baja. Los demás rodean á Aurora prodigándola toda clase de cuidados. Bermúdez la hace aire con un periódico.)

Clau. (A Bermúdez.) Pero ¿quién es el papá de esa señorita?

Berm. (Aparte á Claudina.) ¡Desgraciada!... ¡Cállese usted!... ¡El papá de esa infeliz es el coronel que usted asesinó, escondiendo el cadáver en el armario misterioso!

Clau. ¿El señor Roldán?

Berm. ¡El mismo! (Claudina rompe á reir á carcajadas. Bermúdez la mira con asombro.) ¡Cielos!... ¡Se ríe!

Clau. ¡Tiene gracia!... Pero si el coronel no está muerto... Está dormido.

Berm. ¿Dormido?...

Clau. En ese armario... Yo misma le encerré. (Algazara general.)

Berm. Ah, pues hay que notificárselo á la huérfana... (Corre hacia Aurora.) ¡Señorita!... ¡Señorita!...

Boni ¡Un hombre en el armario!... ¡Se va á ahogar!...

Varios ¡Que lo abran!... ¡Que lo abran!...

Tas. Yo no puedo abrir el armario... No tengo la llave.

Clau. Yo la tengo... ¡Ahí va la llave, señor tasador! (Se la entrega.)

Carlos Venga. (Corre hacia el armario. El Tasador le detiene con un ademán.)

Tas. Un momento... Esa llave forma parte del mobiliario embargado...

Todos ¿Y qué?

Tas. Que tiene que subastarse con el mueble y que, por lo tanto, no puede usarla más que el comprador á quien le corresponda el armario. (Gran agitación. Gritos. Escándalo.)

Todos ¡Vaya una salida!... ¡Fuera!... ¡Que se calle!...

Tas. (Dominando el tumulto.) ¡Orden!... ¡Continúa la subasta!

Polito — Perdone usted, tasador... Por mí que no siga.

Todos — (Con extrañeza.) ¿Eh?

Polito — Sí... Era un capricho de mi señora, pero ha cambiado de opinión... Ahora se le antoja el canapé. (Algazara general.)

Tas. — (A Polito.) ¡Señor mío, le advierto á usted que este es un acto serio!

Polito — Y el mío también. ¡Se trata de mi descendencia, tasador! (Nueva algazara.)

Tas. — Bien está... ¿No hay quien dé más de diez mil pesetas por el armario?... (A Carlos.) De usted es, caballero... (Dando un golpe con el martillo.) ¡Adjudicado! (Todos aplauden. El Tasador entrega la llave á Carlos.)

Carlos — ¡Por fin!.. (Corre al armario y abre. Roldán aparece á la vista de todos y cae inerte sobre Carlos.)

Aur — (Corriendo también hacia Roldán.) ¡Papá!... (Entre Aurora y Carlos le sostienen.)

Berm. — ¡Y en qué estado!

Clau. — (Ofreciéndoles el frasquito de sales.) Ahí va... ¡Despiértenle! (Bermúdez coge el frasco y reemplaza á Carlos en la tarea de asistir á Roldán. Todos rodean el grupo.)

Dan. — (Que ha cogido la ropa de Bermúdez que estaba dentro del armario.) ¡Aquí está el traje de Bermúdez!...

Carlos — ¡Ah!... ¡Las cartas!...

Dan. — ¡Registremos!... (Registran febrilmente todos los bolsillos del traje sin resultado.)

Carlos — (Aterrado. Mirando á Daniel.) ¿Eh?... ¡Si no están!...

Dan. — (Idem.) ¡No!... ¡No están!...

Carlos — ¡Es horrible!... (Gritando.) ¡Bermúdez!

Dan. — (Idem.) ¡Bermúdez!

Berm. — (Acercándose.) ¿Qué hay que hacer?...

Carlos — ¡Las cartas!... ¡Aquí no están las cartas!...

Dan. — ¡No!... ¡No están las cartas!...

Berm. — ¿Que no están las cartas?... (Se queda pensativo un momento y después se desabrocha el gabán y registra su bolsillo interior. Dando un grito.) ¡Ah!... ¡Están aquí! (Saca el paquete y se lo entrega á Carlos triunfalmente.)

Carlos — (Estupefacto.) ¿Eh?...

Berm. — (Como la cosa más natural.) ¡Calla, hombre!... ¡Creí que me las había guardado en la car-

tera y las llevaba encima sin saberlo! (Vuelve al lado de Roldán.)

Dan. ¡Hay para matarle!

Carlos ¡Y para esto me he gastado dos mil duros en ese trasto! (Señalando el armario.)

Aur. (A Roldán, que ya ha despertado.) Huele, papá, huele... Son sales inglesas...

Rol. Déjame... No necesito nada... ¡Un hombre que, como yo, tiene!..

Clau. Diez cruces.

Rol. (Indignado.) ¿Quién ha dicho que diez?... (Con énfasis y orgullo.) ¡Un hombre que tiene el pecho lleno de cruces!...

Aur. No te esfuerces, papá... He comprendido que si Carlos no me quisiera de veras, no hubiera luchado tanto por recuperar mis cartas... ¡y le perdono!

Carlos (Muy alegre.) ¿De veras, Aurora?...

Rol. (Indignado. A Carlos.) ¡Y usted cree que yo debo consentir!...

Berm. (Aparte. Atajándole.) Lo que no debe usted consentir es que vuelvan á meterle en un armario.

Rol. (Aparte á Bermúdez. Aterrado.) ¡Silencio!

Berm. Nos ha jorobado el moralista este.

Tas. (Interviniendo.) Bueno, pasen ustedes á Caja... Allí pueden pagar lo adquirido.

Berm., **Carlos** } Sí, vamos, vamos...

Boni, **Clau.**, **Dan.** } Vamos...

Tas. (En alta voz.) ¡Continúa la subasta! (Aplausos. Claudina, Boni, Aurora, Bermúdez, Carlos, Daniel y Roldán, vanse tumultuosamente sin acordarse de Retama y Simón que siguen durmiendo en primer término.) Un canapé antiguo tasado en ochenta pesetas... ¿Hay quien dé más?...

Cham. 1.° ¡Ochenta y cinco!

Polito ¡Ciento!

Ber. ¡Ciento... una!

Filo (Volviendo á sus nerviosidades.) ¡Ay!

Cham. 2.° (Reparando en Simón y Retama.) ¡Repollo!... ¿Qué hacen estos?... (Sacudiendo á Simón por un hombro.) ¡Eh, amigo!... ¡Que aquí no se viene á dormir!...

Simón (Adormilado.) Es igual... Estamos alquilaos por horas.

Tas. ¿Hay quien dé más de ciento una?...

Cham. 1.º ¡Ciento quince!...

Polito (Descompuesto.) ¡Doscientas!

Ber. ¡Doscientas... una!

Filo ¡Ay!... ¡Ay!... (Va cayendo lentamente el telón mientras continúa la subasta.)

FIN DE LA HUMORADA


3 0112 117466018